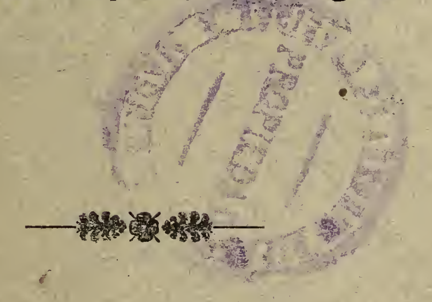
LUIS ANTÓN DEL OLMET

NO ES LO MISMO

COMEDIA

en tres actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1921

NO ES LO MISMO

NO ES LO MISMO

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

LUIS ANTON DEL OLMET

Estrenada en el TEATRO CÓMICO el día 22 de abril de 1921

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.º

TELÉFONO, M 551

1921

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
GLORIA	Sra. Pacheco.
GLORITA	Srta. Iglesias.
TERESINA	Lombera.
RICARDO	Sr. Aguado.
GONZAGUITA	Méndez.
SANDOVAL	Cuenca.
OLAÑETA	Amyach.
DON BENIGNO	Pastor.
EL CID	Carmona.

Esta obra fué dirigida por el Director de la Compañía señor Portes, quien, por hallarse enfermo, no pudo encargarse del papel de *Ricardo.*



ACTO PRIMERO

Habitación de recibir en casa de Gloria y Ricardo. Tendrá la escena un aspecto abigarrado y confortable. Habrá muebles antiguos mezclados con otros de aire inglés actual. Mesa vargueña con papeles y libros. Diván turco. Puertas a derecha e izquierda. Al fondo se ve un jardín accesible. La acción en Madrid. Epoca actual.

ESCENA PRIMERA

GLORIA estará medio tirada en el suelo, junto al diván, abatida. RICARDO, en pie, tiene un aspecto furioso.

GLORIA (Suplicante.) ¡Perdóname! ¡Perdóname!

RIC. Ni perdón ni disculpa mereces. Has entrado en mi vida como un asesino. (Avanza hacia ella amenazador.)

GLORIA (Asustada.) ¡Perdón!...

RIC. (Retrocediendo.) No temas. (Sarcástico.) Nuestro siglo ha suprimido la venganza. Sólo queda, como recurso, el desprecio.

GLORIA Sería preferible la venganza. El desprecio es más humillante y más hondo.

RIC. (Cogiendo a Gloria por un brazo para alzarla del suelo y serenándose después.) Escucha. De tu infamia no quedará más que mi corazón sangrando. No te asesinaré, ni te arrojaré de mi casa, como merecías, como lo que eres .. Me contiene el escándalo, te protege la inocencia de mis hijos... Quédate. Guardemos en el fondo de nuestras almas esta vergüenza. Vivamos lejos y distantes, como si nos se-

parara un abismo, pero juntos, cómplices, para que nadie sospeche, para que nadie se ría, para que nuestros hijos puedan llevar sus cabecitas en alto, esas pobres cabecitas cándidas que tú has envilecido

GLORIA (Sollozando.) ¡Mátame! ¡Mátame!

RIC. (Iracundo.) ¡No, no! Cuanto más larga sea tu agonía, más justo habrá sido mi castigo. Oye. (Pausa.) En la provincia donde yo nací hubo una madre que hizo lo que tú. Fué un caso inaudito. Entre vosotras, las sencillas mujeres de su hogar, sólo una rara excepción pone mayor luz y belleza en la virtud de todas. No hubo el ruido de la tragedia súbita. Tenían una hija. Ambos, niña y esposo, se apartaron. Yo recuerdo bien el castigo de aquella mujer. (Pausa.) Vivía cerca de la playa. Cuando era verano, se asomaba al balcón para ver a su hija, pequeñita como yo entonces. Al verla la llamaba con mimo «Nena, nenita.» ¡Había en su voz una súplica tan triste!

GLORIA (Horrorizada.) ¿Y qué hacía la nena?

RIC. Bajaba los ojitos, nos cogía la mano y se alejaba de allí diciéndonos: «Es una loca. Me ha dicho papá que esa señora está loca.)

GLORIA (Alzándose y caminando hacia su marido con aire retador.) ¡Mátame, mátame!

(Entra Gonzaguita súbitamente por la izquierda.)

ESCENA II

GONZAGUITA corre hacia GLORIA para defenderla. Después se revuelve contra RICARDO y le coge de un brazo con violencia.

GONZ. Ricardo, ¿qué actitud es esa? ¿Te has vuelto loco?

RIC. (Riendo.) Suelta ya, Gonzaguita.

GLORIA (Cambiando de expresión y soltando una carcajada.) ¡Se lo ha creído el infeliz!

GONZ. Pero, ¿era de mentirijillas? ¡Sí que os gastáis unas bromas originales en la intimidad! Estáis dementes. Casi todos los artistas estáis dementes.

RIC. ¿Crees posible que fuera en serio? Yo, en serio queriendo maltratar a Gloria...

GONZ. (Receloso.) Hombre, no... Gloria es una santa

de altar. Y tú, Ricardo, un intelectual... nada de calderoniano, que yo sepa. Ese fué mi asombro. Pero me pusisteis los pelos de punta. ¡Yo, testigo de un drama conyugal! ¡Yo, enredado en un sumario! Con la neurastenia que tengo... Y a régimen. (Se deja caer en el diván turco, saca un cigarrillo y se pone a fumar. Gloria y Ricardo se sientan también.) Pero otra vez no dejéis las puertas de par en par. ¡Os divertís de una manera tan rara!... ¡Os ve la policía y a chirona!

RIC. ¿Las puertas? Estamos en el campo y no tenemos nada que esconder.

GONZ. ¿Es reproche? Comprenderás que cualquiera se hubiese asustado. Llega uno a tomar el te a casa de un amigo, y se encuentra a la señora pidiendo un tiro y al esposo con aspecto de Leganés... Avisad. Es de aneurisma. (Pausa.) Pero explica, hijo. Estoy aún temblando.

RIC. Si he de serte franco, Gonzaguita, me fastidia un poco esta sorpresa .. A los escritores no nos gusta que se conozcan nuestras debilidades. Pero ya que no hay remedio... (Pausa) Gloria y yo representábamos *Desenlace triste*, mi comedia nueva. Ella, ¡tan buena!, me hace el favor de aprenderse los papeles difíciles. Ensayamos. Corrijo. Si no fuera así, ¡dónde irían esos realismos sencillos y humanos que me achaca la crítica! Me pillaste.

GLORIA (Riéndose y a Gonzaguita,) No pongas esa cara de bobo. Es verdad. ¿Te extraña que yo sea un poco actriz? ¿No lo fué mi madre? Nací y me crié entre comediantes. No trabajo, porque Ricardo se opondría. Sólo él conoce mi... Iba a decir mi afición. Ni eso. Es que me gusta ayudarle. No pongas cara de tonto, Gonzaga. Hablo en serio.

RIC. Yo soy muy premioso. Diría que escribo no por vocación sino por obligación. Mis primeras comedias, (A Gonzaga.) tú lo sabes, fracasaron. Yo quise desistir. Pero (Señalando a Gloria,) ella fué mi estímulo. «Hay que vencer, gritó, hay que hacer obra muy despacio, estudiándolo todo, cómo entran y salen los personajes en escena, qué dicen, hasta sus gestos. Yo me aprenderé el papel esencial.

¿Tú no sabes que hubiera sido actriz, como lo fué mi madre, sino te hubiese querido?» Y ahí la tienes. Ella es el secreto, la musa. A ella (Levantándose con alegria.) se lo debo todo. (Pausa.) Por eso, (Triste.) aunque a veces la siento que se aleja un poco de mí, es todo yo. Sin ella habría muerto, mi arte,y yo mismo me habría muerto. (Pausa.) No pongas cara de memo, Gonzaga. ¿Te asombra saber que aún se quieren dos esposos en el mundo? (Pausa.) Os he citado a ti, a Sandoval y a Olañeta para leeros algo... Sois mis tres mejores amigos. No os parecéis en nada. Resumís al público. Sandoval, el espíritu recto; Olañeta, el filósofo extravagante. ¡Me juego tanto en esa obra! Cuando vengan los demás os contaré.

GONZ. Y ensayabais...

RIC. La última escena. Mira, ¿te acuerdas de mi comedia *Frío?* El mutis del segundo acto de Gloria es. Si no llego a ensayarlo con ella... Pero hubiera preferido que esto quedara entre los dos. Espero que no lo charlarás en el casino. Por lo menos, hasta que se estrene la obra.

GONZ. ¡El casino! Hace ya doce horas que no voy allí. Me propongo hacer oposiciones a señor formal.

GLORIA No lo creo. Sería como quitarle sus cuartillas a Ricardo y a mí ese jardín. (Señalando al foro.)

GONZ. Me lo podéis creer. ¿Virtud? No. Ruina inminente. El casino se ha llenado de sombrones, de negros y de gafes.

GLORIA (Riéndose.) ¿Qué palabras son esas? Gafes, sombrones.. Tienes un diccionario selecto.

GONZ. Y una suerte horrible. Hay allí un coronel retirado que da la mala suerte como esas bombillas eléctricas dan luz. Se le puede graduar. Está lejos, y gano. Se vuelve hacia mí, un empate. Me mira, pierdo. Y si me habla, la hecatombe.

GLORIA ¡Qué guillado estás, Gonzaguita!

GONZ. El otro día le interpelé ya. «Yo le adoro a usted, don León, y le agradezco sus consejos y sus advertencias, pero me da usted una negra retinta.» En esto veo un pase claro y, echando todo mi dinero a un paño: «vuélvase de espaldas», le dije secamente.

RIC. ¿Y perdiste?

GONZ. El dinero, porque no se volvió; y la vida casi, porque me envió sus padrinos.

GLORIA ¡Padrinos a ti! ¡Con lo espadachín que eres!

GONZ. (Retrepándose orondo.) Sí... Ocho desafíos. Pero no es lo mismo batirse con los enterados que ir al terreno con un coronel de la reserva. Aquello da postín, hace hablar, aupa, elegantiza. Pero ese coronel, que tiene un espíritu reaccionario, cree a lo mejor que el duelo es una cosa sanguinaria. (Pausa y a Ricardo.) De modo, que no temas. En el casino nada tengo que hacer. Ni siquiera charlar el secreto de tu colaboración preciosísima. (Pausa y tirando su cigarrillo.) Y te agradezco esas confesiones teatrales. Me interesan por la falta de costumbre. No voy al teatro jamás. Me aburrro. Sólo gozo con los grandes fracasos. Durante el año novecientos cuatro eché al foso treinta y cinco obras Pateo de una manera especial. ¿No habéis oído al niño de cuna que llora en casi todos los estrenos desde hace veinte años? Soy yo.

GLORIA ¡Gonzaguita!

GONZ. Nunca me lucí en tus obras. Y ahora que me habéis revelado vuestro secreto... (A Gloria.) Sería un crimen ir contra ti.

RIC. Menos mal. Y oye, ¿por qué ese odio? No se estrenan tantos desatinos.

GONZ. Por eso estoy indignado. A mí, lo genial o lo canallesco. Lo que me irrita es lo mediano. Pero lo malo, lo horrible, me encanta Mira, yo sería empresario y todo, con una condición...

RIC. ¿Cuál?

GONZ. Con la de no poner en escena más que desatinos, monstruosidades. Hay que ir a lo abominable para atraer al público. No se deben dejar inéditos los grandes esperpentos. Mi teatro se llamaría, por ejemplo, «Teatro Bárbaro.» Y se anunciarían así las obras: «Mañana, estreno de la brutalidad en tres relinchos, del genial ripioso Feliciano de Olañeta, titulada...»

RIC. ¡Pobre Olañeta! Y serás capaz de decírselo en su cara cuando venga. Harás el favor de no ponérmelo hoy furioso. (Pausa.) Tardan esos holgazanes.

GONZ. Estoy de humor. Me parece que voy a pelearme con Olañeta, y hasta con Sandoval. ¿Qué dice ese abogado triste, ese golilla? Un hombre que a los treinta años no tuvo ni novia. Cuando fué a París se llevó el Fuero Juzgo en la maleta, y se entretenía con las Siete Partidas y no con las once mil perdidas.

GLORIA Lo contrario que tú, ¿no es eso?

RIC. (A Gloria.) Este no es más que un charlatán. Dice estas cosas para epatar a la gente. Y ahí está su éxito con algunas mujeres. Marrullerías de soltero feliz.

GONZ. (Mirando a Gloria.) Soltero.. feliz.. Si yo supiera escribir haría la comedia lamentable del soltero. Sufrir a una mujer sola—en el caso de que se la sufra y no se la idolatre—es un privilegio. ¡Sufrir las desparramadas y en dosis! (Llevándose ambas manos al cogote y bostezando.) Odio este mariposeo. Desearía encontrar un cariño. (A Gloria, que se ruboriza.) Un sincero cariño. Pero... (Levantándose de un brinco.) aún no me has contado el asunto de la obra. (Voluble.) ¿Para qué has invitado a Sandoval, y, sobre todo, a Olañeta? Sandoval es un espíritu demasiado moralista. Si tu artista enseña el tobillo vas a incurrir en su enojo. ¡Olañeta! No le debo más placeres que sus cuatro estrenos filosóficos, los cuatro resueltos en risas. ¿Os hago una confidencia? No se lo diréis, ¿eh? En el último acto, cuando aquel personaje triste... ¿Recordáis que alguien hizo el gallo y que todo el público lanzó una carcajada? Fuí yo. Hago el gallo de una manera maravillosa. ¿Queréis oirme cacarear? (Va hacerlo cuando entra Sandoval. Viéndole.) ¡Silencio! ¡La inquisición!

ESCENA III

LOS MISMOS y SANDOVAL. Sandoval ha entrado como Gonzaguita, por la puerta de la izquierda

SAND. (Dirigiéndose a Gloria y dándole la mano.) ¿Qué tal, señora? (A Ricardo.) ¿Y los pequeños? ¿Cómo está la encantadora Glorita? ¿Y el otro barbarbarote? (A Gonzaguita, fríamente.) ¡Hola!

GLORIA Buenas tardes, Sandoval. La nena en el colegio de las escolapias. El barbarote correteando por la huerta.

SAND. (Mirando con atención hacia el jardín y a Ricardo.) ¡Cómo te envidio, Ricardo! ¡Qué hermoso está el jardín! Permíteme ver.

(Avanza hacia la puerta del jardín para curiosear. Ricardo le sigue. Mientras ellos están lejos y hablan, Gonzaguita se acerca a Gloria para hablarle en voz baja y con disimulo.)

GONZ. (A Gloria.) Tengo que hablarte. Esa escena... Tú parecías llorar. ¿Será posible que ese hombre?...

GLORIA Ricardo ha dicho la verdad. Representábamos su comedia. ¡Déjame!

GONZ. De todos modos quiero hablarte.

GLORIA ¿Para qué hablar? (Señalando a los otros.) ¡Déjame!

GONZ. Aunque me vean y me oigan. Tengo que hablar contigo. No puedo vivir así. Tienes que resolver.

GLORIA (Asustada y cediendo.) Bueno; después podremos hablar. Ahora, déjame ..

SAND. (Volviendo al centro de la estancia y sentándose. A Ricardo.) ¡Feliz tú! Poseer una finca de campo cerca de Madrid. Vivir la capital con sus luchas y esto con su silencio. Comer y beber de casa. Tendrás gallinitas, patos... He de ver el feudo.

RIC. Nuestro asilo. Aquí se van enterrando los ahorros.

GONZ. Anda de ahí... ¡Si tienes más dinero que pesas! Con lo que ahora cuesta la vida... Ahora con siete gallinas se cubre un empréstito.

RIC. (Riéndose.) Que te diga Gloria. Nos arruinan los animaluchos. Yo no le puedo hincar el diente a uno de mis bichos. ¡Comerse los polluelos que hemos visto nacer y a los que hemos echado granitos de arroz! Mis avechuchos siguen aquí una carrera. Hasta los hay jubilados y todo.

GLORIA Es cierto. Tenemos un gallo borracho.

SAND. ¿Borracho?

RIC. Sí. Es muy gracioso. Pasaba yo un día por la calle de León, tuve sed y entré en un tupí. Encima del mostrador había un gallo ebrio.

GONZ. ¿De porcelana?

RIC. De carne y pluma. Lo habían acostumbrado a beber y era la broma del establecimiento darle vino. Cuando yo entré padecía una cogorza monumental. Era un gallo desplumado, raquítico y vicioso, como un viejo verde. Me dió pena y se lo compré a su dueño.

SAND. ¿Vive aún?

GLORIA ¿Que si vive? Hasta echó cola nueva ¡Es más bueno!

GONZ. Le tendréis que dar media botella de morapio con el maíz. Y lo traeréis a la hora del café para darle una copita de benedictino.

GLORIA ¡Cá! Eso creíamos nosotros. Pensábamos darle alcohol e írselo disminuyendo poco a poco. Cuando llegó, había una gallina que acababa de sacar polluelos. Bueno, pues nuestro hombre prohijó en seguida a los recién nacidos y tomó por esposa a la madre. Y fué galante como un mosquetero.

SAND. ¿Qué hizo?

GLORIA Yo le había migado pan con vino. Llegó, olió... Y después, apartándose con altivez, dejó a su señora y a los chiquitines la cazuela.

SAND. He aquí, Gonzaga, una prueba de caballerosidad que nos da ese gallo.

GONZ. Borracho. Lo hizo porque era un gallo borracho, es decir, un gallo malo, vicioso. Si llega a ser como tú, virtuoso y de buenas costumbres, se come hasta la cazuela. (Con desparpajo.) ¡Toma! Para que me dés lecciones.

GLORIA (A Sandoval.) Hoy no puede usted con él. Viene de buen humor.

SAND. Bien. Pero vamos a lo importante. (A Ricardo.) He recibido una carta tuya...

GONZ. Para leerte una comedia. Está invitado también Olañeta. ¿Qué entenderá Olañeta de teatros?

SAND. Anda que tú... Olañeta escribe mal, pero escribe.

GONZ. Emborrona. Y sablea. En eso de dar un sablazo sí que le reconozco genio.

SAND. ¿Y tú qué haces? Los cuatro estuvimos en el mismo colegio. Este, (Señalando a Ricardo.) resultó el coloso. Pero Olañeta siquiera intenta hacer algo. Y tú... ¿Quién eres tú?

Te tuteas con todo Madrid, hasta con las señoras que no conociste de niñas; vas, vienes...

GONZ. Ya me declaró la guerra.

SAND. ¿La guerra? Es que me crispa ese desdén tuyo por Olañeta. Ya sabéis que le quiero mucho. Es el único desdichado de la trinca. Pero no quiero discutir. (A Ricardo.) Dime, Ricardo.

RIC. Os he llamado porque no tengo mucha confianza en mi obra. Se trata de una novedad. El adulterio, a mi modo.

GONZ. ¿Novedad el adulterio? ¡Si eso es bíblico!

RIC. En el teatro extranjero, sí. Entre nosotros, llevar a la escena eso y no sacar la espada de Calderón, es casi una audacia.

SAND. ¿Y cuál es la innovación? ¿Qué idea es la tuya?

RIC. Yo creo dos cosas: Una, que el adulterio no puede nunca—óyelo bien—justificar un crimen. ¡Matar! ¡qué absurdo! ¡qué barbarie!... Otra, que así como el adulterio del hombre no es para nosotros, los egoístas, sino un pecadillo, el otro...

SAND. Espero que no te atreverás a aplaudirlo.

RIC. No. ¿Cómo lo voy a aplaudir? Pero sí afirmo que, una de dos, o en el hombre es una infamia o en la mujer una culpa igual, idéntica. Que si en la mujer es un crimen, en el hombre no sea un éxito.

GONZ. Estoy completamente de acuerdo. (A Sandoval.) Tú no, ¡claro!

SAND. Yo no. Yo respondo, Ricardo, que no es lo mismo.

GONZ. Exactamente lo mismo. Si la mujer quebranta un juramento, el marido también lo quebranta. En ambos casos hay una víctima. Para vosotros, la mujer sigue siendo una cosa.

RIC. Eso es mi comedia. Un marido que no tiene la ceguera de matar. Un hombre que al pensar en sus propias culpas, no absuelve, pero sí comprende. Un hombre que ante el espanto de su vida vuelve hacia sí la culpa de su mujer, viéndose tan culpable como ella. El final de mi obra es así. Hay un instante de exaltación, y cuando parece que ha de sobrevenir la histórica tragedia sangrien-

ta, (Riéndose.) Calderón se moderniza. (Pausa.) Gonzaga conoce parte del final. Una cosa amarga, triste...

(Gloria se levanta y se entretiene mirando hacia el jardín.)

SAND. Perdóname, Ricardo, pero no creo que esa comedia nueva te valga un éxito. Seremos demasiado burdos, lo que quieras... No, no te aplaudirán. Disculpa mi rudeza. No plantees esa cuestión. No es lo mismo. Te digo que no es lo mismo. A primera vista, en teoría, parece que sí... Pero la opinión no juzga de la misma manera. A la esposa engañada nadie la zahiere. Cuando el engañado es el hombre... (Pausa.) Ahí tienes el caso del pobre Olañeta... (Pausa.) ¿Quién le culpa de nada? Es bueno, pedantón, infantil... Miente con la sencillez de un chicuelo. ¡Pobres defectos de escritor sin fortuna! Y nadie lo estima. ¿Por qué? Porque ella se le fué deslealmente. (Pausa.) Y ahora esa Noré que se ha echado, una cosmopolita que toma éter y que también se le irá. Olañeta es bueno y merece ¿por qué no? la estimación ajena. Pero no supo o no quiso tapar la brecha del ridículo con un gesto viril cuando supo que su mujer le engañaba.

GONZ. Lo único estimable en Olañeta, es ese admirable renunciamiento. Además, póngase cualquiera en el caso de Carmen. Ese hombre pedante y triste se casa con doña Isabel la Católica, y no pasa con ese nombre a la Historia doña Isabel de Castilla.

SAND. (A Ricardo.) ¿Lo ves? Ya asomó el sarcasmo. Si hubiésemos nombrado a una esposa engañada, Gonzaguita no habría encontrado su chiste. No es lo mismo, Ricardo. (A Gloria.) ¡Gloria!

GLORIA ¿Qué?

SAND. Discutimos la obra nueva de Ricardo. Usted la conocerá. ¿Qué opina? ¿A que opina usted como yo?

GLORIA Según... ¿En qué?

SAND. Estos dicen que es igual el adulterio en la mujer y en el hombre. Una culpa idéntica. Acaso ni culpa. Yo digo que no.

RIC. Esa es mi manera de pensar. Lo otro me parece un egoísmo salvaje.

SANDO. Vosotros, los literatos, decís, habláis... ¡Teorías! Yo que ejerzo una profesión humana, que soy abogado, que ando entre miserias, pleitos y crímenes, sé mejor que, tú, Ricardo, el valor que las cosas tienen en el mundo... ¿Qué sabes tú, en realidad, casado con una mujer como Gloria, lo que es ver el hogar hecho añicos? Pero, diga usted, Gloria. Deseo conocer su opinión.

GLORIA (Vacilando.) Estoy un poco contagiada. (Señalando a Ricardo.) Soy su mujer. Las mujeres nos dejamos influenciar mucho por el pensamiento de nuestros maridos. Y más quien tiene un marido intelectual.

GONZ. (A Sandoval.) ¿Ves? ¡Cállese la minoría carlistona!

SAND. (A Gloria.) Entonces, usted...

GLORIA No, no es que pida licencia para las mujeres. (Con voz alta y firme y mirando a Ricardo.) Es que yo exijo a los maridos tanta fidelidad como exijen a sus esposas. Es que otra cosa constituye una injusticia, una infamia. El tiempo de las mujeres resignadas que hacen su laborcita entre lágrimas, mientras su galán pasea otras por calles y plazuelas, ya se fué. Si el hombre siente su honor ultrajado, cuando la mujer le engaña, la mujer siente rotos sus más tiernos sentimientos cuando el marido hace con ella el crimen de pisotear esos sentimientos que tienen derecho a ser inviolables. Ustedes, los hombres, han sido educados un poco en el egoísmo. ¿Se figuran ustedes que las tontitas engañadas no saben, no sufren? Saben y sufren. Pero como son las esclavas del hogar, como hasta la ley les niega el derecho de rebelión, callan. Si chillan se dice que son unas ridículas, unas insoportables. No. ¡No! Era muy cómodo para ustedes. El marido a divertirse, a reír. Ellas, al fogón, al zurcido. Ellos... ¡bah! cosas de hombre. Y si era la mujer quien cedía un instante a la esperanza, harta de sufrir, un tiro, proceso, absolución y aplausos. (Mientras ella acaba su discurso, Olañeta, andando en puntillas para no interrumpir a Gloria y con las manos dispuestas al aplauso, un poco melenudo, portador de oronda chalina, avanza desde la puerta del jardín.)

ESCENA IV

TODOS y OLAÑETA

OLA. (Aplaudiendo.) ¡Bravo! ¡Bravo! Mitin feminista. Pido la palabra en pro. ¡Muy bien, Gloria! (A los demás) ¡Hola, percebes! (A Ricardo.) Me colé por el jardín. He visto a Ricardito. ¿Y la nena?

RIC. En el colegio Luego vendrá.

SAND. Tengo gana de darle un beso. Cada día está más linda. ¡Tan espigadita! Nos hacemos viejos. ¿Qué edad tiene ya?

RIC. Quince añazos. Pero está muy aniñada. Aún tiene muñecas.

GONZ. ¡Muñecas a los quince años! Ahora las tobilleras de cuarenta y ocho saltan a la comba. Esa chica se avieja mucho.

SAND. ¿Bueno, Olañeta, qué dices?

OLA. (Fijándose en los muebles antiguos del salón.) Que esto va tomando ambiente, Ricardo. Tiene ya colorido, extravagancia, la extravagancia nuestra, la de los selectos.

GONZ. ¡Zambomba! Ya se atizó éste un bombo pretextando, (A Ricardo.) elogiar tu casa.

OLA. (A Ricardo.) ¿Pero es que los renacuajos tienen opinión? Esto de la democracia me apesta. (A Gonzaguita.) ¿Por qué no te sindicas con otros mil tontos para imponer la dictadura de la imbecilidad?

GONZ. Calla o me compro un pito para tu próximo estreno.

OLA. Lo puedes comprar. Estoy acostumbrado a que me den coces los asnos. En mi último estreno hubo hasta un idiota que hizo el gallo. Sería cualquier cretinucho, de esos que llevan un nardo en el ojal. (Gonzaguita que lleva un nardo en efecto, avanza hacia Olañeta cómicamente agresivo.)

GONZ. Mira, cuando se es tan vanidoso como tú, no cabe la ironía. Rompes el termómetro de lo chusco. Eres colosal, Olañeta.

OLA. (Volviéndole la espalda con presuntuosa displicencia y a Ricardo.) Me gustan estos muebles.

RIC. ¿Sí? Me alegro. Hoy tienes sorpresas. Le he comprado dos paisajes a Sebastián Alcañiz,

ese pobre artista de quien se dirá que fué un genio cuando se haya muerto de hambre. En el comedor están. Luego, cuando vayamos hacia allí para leeros esas cuartillas... (A Olañeta.) Una comedia. Para eso os llamé.

GLORIA Pero antes me harán el favor de tomar una taza de te y unos dulces. Venir hasta este destierro bien merece una prueba de gratitud. Voy a preparar la merienda. (Sonriendo a todos.) ¿Me permiten ustedes? ¿Hasta ahora, eh?

GONZ. (Con intención.) Hasta ahora.

GLORIA (Ya en la puerta.) ¿Vendrán, eh? Les aguardo.

ESCENA V

TODOS, menos GLORIA

Gonzaguita sigue con sus ojos, disimuladamente, la gracil figura de Gloria que se aleja. Luego pasea por la habitación silbando

OLA. ¡Cuadros de Alcañiz! No me place. Ese muchacho está demasiado cautivo de los maestros. Yo soy iconoclasta.

GONZ. (Deteniéndose.) Serán maravillosos los cuadros. Me basta que los repruebe un iconoclasta. (A Ricardo.) ¿Me dejas ir a verlos?

RIC. Estás en tú casa, Gonzaguita.

OLA. ¿Pero qué entenderá de arte este saltamontes? Que yo, autor de ocho tragedias definitivas, consistentes, hable, está bien. ¿Pero, quien eres tú, quisquilla humorística? Enmudece o sindícate.

GONZ. Abusas de mi desdén. Como sabes que nunca he de rebajarme a tomarte en serio, gritas.

OLA. ¡Ya salió el valiente! ¡Desafíos! ¿Cuántos has tenido, desventurado?

GONZ. Preveo un embuste monstruoso. Venga. (Imitando la voz y el gesto de Olañeta.) «Cuando yo me batí en Nicaragua y después que recogieron el cadáver de mi adversario...»

OLA. No fué en Nicaragua. Fué en Cuba. Y no me batí yo. Era juez de campo.

RIC. (Intrigado.) ¿Qué ocurrió?

GONZ. Allá va un embuste como una torre.

OLA. (Inspirado por una improvisación súbita.) Se batían a pistola. Era un duelo gravísimo. Uno de los combatientes, o por miedo o por bellaquería, incurrió en una incorrección espantosa.

GONZ. ¿Qué hizo?

OLA. Disparar antes de que sonara la voz de mando. (A Gonzaguita.) ¿Qué hubieras hecho tú en mi caso? ¡Ea! ¡A ver los hombres!

GONZ. Dime que hiciste tú. Alguna estupidez. Escribiste un anatema de alejandrinos o le diste al bribón un sablazo tremendo. Pero un sablazo de a mil. En eso sí que llegas a la tragedia y la eclipsas.

OLA. ¿Yo? Cogí una pistola y maté al incorrecto. (Los tres amigos prorrumpen en una carcajada.) ¿Os reís? Yo he matado a tres en desafío. ¿Pero, por quien me tomáis? Yo desprecio la vida.

GONZ. Ajena.

OLA. Y la propia. Me he querido suicidar dos veces. El suicidio es una elegancia estoica. Y en armas... soy un maestro.

GONZ. (A Olañeta.) De sable. Me voy por no ahogarte, Olañeta. (Hace ademán de trincarse al cuello de Olañeta pero desiste cómicamente y sale por la escena.)

ESCENA VI

DICHOS, menos GONZAGUITA

RIC. (A Olañeta.) Bueno, supongo que habrá sido una broma contra Gonzaguita, una manera de poner en ridículo sus duelos.

OLA. Es verdad todo. La segunda de mis víctimas...

SAND. Olañeta que estamos en confianza.

OLA. (Sonriendo.) De todos modos, agradecédmelo, Os he librado de ese idiota.

SAND. (A Ricardo.) Y Ahora perdóname. Estuve insufrible. He puesto nerviosa a tu mujer. Hablaba Gloria como si ese pleito literario le interesara de una manera personal. ¿Sospecha de ti?

RIC. (Bajando la voz.) Algo más que sospechar.

SAND. ¿Teresina?

RIC. Sí. El colmo de la mala suerte. Lo ha descubierto todo cuando ya pasó. Tú sabes que aquello solo fué una ráfaga, pero ella no lo cree. Yo hacía entonces la sección teatral en *La Discusión*. Empresa rica, tenía de todo: mecanógrafa... Como mi letra es tan mala, me dieron a Teresina para que pusiera en limpio mis reseñas. Hasta su nombre, vulgar y cursilito—Teresina—me fué simpático.

OLA. Y te enamoraste como un cadete.

RIC. Era una muchachita de veinte años, deseosa de luchar, que se me presentó llena de miedo. Me interesó desde el primer instante, no sólo por la hermosura de sus ojos, sino por aquel afán suyo de ser algo. (Vuelve a reir.) Con mis treinta y tantos años, volví a recordar el encanto de los coches cerrados en las tardes lluviosas y el misterio de las citas estudiantiles.

SAND. Pero acabaste pronto con ella...

RIC. En cuanto dejé el periódico. Allí quedó. De vez en cuando una cartita.

SAND. Y Gloria ha cogido esas cartas.

RIC. ¡Catastrófico! En un traje viejo. Las carga el Diablo.

OLA. Se pondría deliciosa. Conozco el disco.

RIC. Lo peor no es eso. Es que aún no he logrado su absolución. Es que en el fondo parece como si me detestara. Ya no es Gloria. Es otra mujer: vigilante, recóndita. Os lo confieso... (Pausa.) Yo veo que algo vacila en mi redor. El corazón me anuncia no sé qué...

OLA. ¿Y quién es dichoso en la vida? Algún imbécil como Gonzaga.

SAND. ¡Hay en la vida cosas tan bellas y tan santas! Un hogar sencillo y sano.

OLA. No creo en el hogar. Ni en la familia. Tengo demasiado talento para sentir la vida así. Casarse, engordar, los hijos, el cupón, el reúma...

SAND. Pues no son esas mis noticias.. Hay, según creo, una extranjerita que te hace vacilar.

OLA. Es que Noré... Es la superhembra. Viene del misterio, de lo extraordinario. Se batió en Rusia como amazona, destronó al Zar. Con deciros que ha sido concejal en su país... ¿Os asombra? ¿Es que no pueden ser conce-

jales las señoras? Noré es como un milagro. (Pausa.) Y así y todo. No existe la felicidad. (Señalando a Ricardo.) Ya ves a éste. Parecía un hombre dichoso. ¿Quién no lo habría creído así? Y ahí tienes...

SAND. ¿Qué? Una mujer enojada justamente. Nubes. Pasará todo. (A Ricardo.) Vuestras vidas están demasiado juntas. Aquí de mis ideas sobre la comedia nueva.

OLA. ¿Ideas tú? Serán las de Torquemada. Además, tú eres un fariseo. Vas al cine. Papiniano en el cine...

RIC. (A Olañeta.) Ya sabes cómo es. Ya sabes cómo piensa.

SAND. (A Ricardo.) Entonces tú...

RIC. ¿Quieres que te repita mi opinión sobre estas cosas? (A Olañeta,) Oye. En mi comedia nueva hay un hombre engañado que...

OLA. Que no se come el hígado de su señora en escena. Este antropófago querría que le sirvieran sus riñones al jerez. (A Sandoval.) Te digo que eres un sentimental.

SAND. Retórica. (Riéndose.) Los que hemos tenido siempre cerca el dulce calor de la bondad, ¿por qué hablamos? Tú harías lo mismo.

RIC. (Convencido.) ¡Yo, no!

SAND. ¡Tú, sí! Tú hablas de oídas. Haces literatura sin realismo. Es absurdo. Pero si tú vivieras una vez el engaño, sentirías como yo, harías como yo.

RIC. ¡Terco!

SAND. (Exaltado.) ¡Harías como yo!

RIC. ¡Yo no sería nunca un asesino! ¡Yo tengo en mi mujer una fe ciega! Pero. .

SAND. Entonces, ¿por qué hablas?

RIC. (También exaltado) Porque si ella, si Gloria .. (Turbándose.) ¡Yo no sería nunca un asesino! Yo...

SAND. Tú eres barro como todos.

RIC. Lo que quieras. (Sacando el reloj.) Pero son las cinco. Vamos al comedor. Os compro con una taza de te y unas pastas, y luego...

OLA. Nos colocarás la comedia. (Sacando un manuscrito.) Pero no serás solo. Olí algo, y vine preparado también. Es un drama que ocurre en Marte. Una cosa genial. (Salen.)

ESCENA VII

GLORIA y GONZAGUITA

La escena permanece solitaria durante un breve instante. Por la gran vidriera que separa la estancia del jardín se ve avanzar a Gloria y Gonzaguita juntos, cuchicheando. Gloria, como si las frases de Gonzaga fueran extremadamente cómicas, se reirá de vez en vez, llena de alegría. Cuando están cerca de la vidriera, Gonzaguita se adelanta e inquiere.

GONZ. (Volviéndose hacia Gloria.) ¡Paso franco! Deben estar en el comedor.

GLORIA (Llegando.) ¿Ya? (Como reprochando a Gonzaga.) Nos hemos distraído demasiado.

GONZ. ¡Está el jardín tan bonito! ¡Tiene todo esto un atractivo tan hondo y tan tuyo! Es como un sueño de felicidad, felicidad que nunca podrá ser completamente mía.

GLORIA (Riendo.) ¿Serio tú? ¿Tú romántico?

GONZ. Mi risa es un disfraz ridículo. Como todos los payasos, llevo escondida una pena. Una que ni siquiera se puede confesar.

GLORIA (Mirando hacia la puerta que conduce a las estancias íntimas.) Sigue, sigue y calla. Nos estarán echando de menos. ¡Y con lo simpático que le eres a esos dos! Sobre todo a Olañeta. Un día os pegáis.

GONZ. Con el otro acaso... ¡Olañeta! (Volviendo a su tono habitual de chacota.) Lo más que puede suceder es que me dé un sablazo. Reñimos.. Pero siempre acaba pidiéndome cinco duros. Me pasa con Olañeta como con el circo. No lo he visto nunca gratis.

GLORIA (Se ríe.) Bueno, vamos allá. (Avanza, lenta, hasta la puerta de la derecha; Gonzaga sigue sus pasos.) Estarán impacientes por nosotros. ¿Qué te parece la comedia? El asunto es muy nuevo, ¿eh? Moderno. Yo estoy encariñada con la protagonista. Daría media vida por representarla de verdad. Lo siento profundamente. Ya verás el diálogo. La tesis, dime, ¿te interesa? Sandoval la cree absurda.

GONZ. Basta para que sea excelente. Ese cafre está aún en el amor feudal. (Con mimo.) ¡El amor espiritualizado por nuestras psicolo-

gías inquietas y que es todo el encanto de la vida!

GLORIA (Saliendo ya) ¿Qué sabes tú del amor?

GONZ. (Siguiéndola.) ¿Yo? Tú sabes muy bien que sí, Gloria.

ESCENA VIII

RICARDO, SANDOVAL y OLAÑETA

Hay un momento de pausa. Después, estridente, se oye la voz de Gloria que grita: «¡Ricardo!» Se oye ruido como de muebles atropellados. Sucédese otro instante de calma. Entra Ricardo descompuesto, seguido por Sandoval y Olañeta.

RIC. (Llegando hasta el medio de la escena.) Perdonad. Os llamé para leeros una comedia, y acabáis asistiendo a un ridículo drama burgués. Os pido humildemente perdón y compasión. (Hace ademán de encaminarse hacia la puerta de la izquierda.)

SAND. Estás loco, Ricardo. ¿Qué vas a hacer? ¿Qué vas a hacer?

RIC. (Exaltado.) Ante todo a marcharme de aquí. Esta casa me da horror. (Gira en redondo con lentitud para contemplar la estancia, el jardín.) ¡Qué infamia! (Pausa.) ¡Y ha huído el cobarde, como un ladrón, como un asesino! ¡Y no he podido saciar mi rabia, pisoteándolo! ¡Y habrá saltado esa cerca trémulo de miedo, llevándose mi honra y mi vida como un pillete que os roba el pañuelo! ¡Oh, perdonad, perdonad! ¡Que yo haya podido recibir en mi casa a ese hombre, tenerlo tan cerca de mí, estrechar sus manos. (Pausa y a Sandoval.) Buscarle yo sería inútil. Ha corrido, ha corrido como un bribón, sin valor siquiera, sin osadía. Ni el cinismo supo conservar en esta ocasión monstruosa. Búscalo tú. Buscadlo los dos. (Abrazándose a Sandoval.) Buscadlo y concertar... ¡un duelo!

OLA. ¿Un duelo?

RIC. ¿Te asombras? ¿No comprendes que lo tengo que matar? ¿No comprendes que ha deshecho mi vida? ¿No comprendes que ha desbaratado mi casa, mis planes, mi esperanza, mi honor? ¿Que mis hijos?... ¿No

comprendes que ese organismo suyo, corrompido, no tiene ya derecho a seguir viviendo, que esa boca infecta ya no ha de proferir más viles embustes, ni esos ojos han de contemplar al mundo, porque sus ojos manchan lo que miran? ¿Tú sabes lo que es asaltar un hogar y aniquilarlo? ¡El duelo ha de ser a muerte!

OLA. ¿A muerte?

RIC. ¡Sí! ¡A muerte!

SAND. Pero, ¿y tus ideas? Hace un momento...

RIC. (Cayendo sobre una butaca, ahogado en lágrimas.) ¡Mis ideas! ¿Qué son mis ideas ante el horror de la realidad brutal? ¡Ideas frágiles! Os suponéis al margen de la vida. Opináis Sonreís. Y ya lo estáis viendo. (Irguiéndose.) Llega la verdad. Y mientras los ojos se llenan de llanto, las manos se crispan de odio. (Pausa.) He dicho que a muerte, ¡a muerte! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El despacho de la casa de Olañeta. Cuantas aberraciones de mueblaje se le ocurran al director de escena cabrán alli. Encima de la mesa escritorio, que estará a la derecha, un par de zapatos femeninos. Desórden Extravagancia. Pobreza A la izquierda, puerta que comunica con el interior de la casa. Al foro se ve un estudio de artista, a cuya derecha se supone la puerta de entrada al interior de la casa.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, RICARDO estará escribiendo junto a la mesa. Se le verá vacilante, sin inspiración. Mirará los zapatitos allí dejados y los tirará al suelo, como si ellos tuviesen la culpa de su premiosidad literaria. Al cabo de un instante, con el sombrero encasquetado, entra DON BENIGNO desde el estudio

BEN. (Viendo a Ricardo.) Dispense. Como no ví a nadie en el estudio... ¿Está Olañeta? (Con viva curiosidad.) ¿Y Noré?

RIC. (Levantándose.) Feliciano... ¡qué sé yo! Por ahí dentro estará. Noré no se ha levantado aún, don Benigno.

BEN. (Sacando el reloj.) Y son las dos de la tarde.

RIC. Justamente, la hora de su desayuno.

BEN. ¡Qué interesante mujer!

RIC. (Mirando los zapatos caídos.) Interesantísima. Vive al revés que los demás.

BEN. Anoche estaba en Idealidades. Hablamos. Me dijo que tenía unos apuntes de Alcañiz, y que le importaría venderlos. Añadió: «Vaya usted a casa temprano.» Y son las dos.

RIC. Es que, para Noré, amanece a las cuatro. Detesta el sol y el aire libre. Dice que son cosas plebeyas, buenas para los animales. Ayer debió retirarse a las seis de la mañana. Y menos mal que me guarda consideraciones de forastero. Aquí se quitó los zapatos (Señalando la puerta de la izquierda.) para no despertarme.

BEN. (Fijándose en los zapatos caídos.) ¿Son de ella? (Recogiendo uno) ¡Qué lindo es! ¡Y caro! ¡Veinte duros el par!

RIC. No lo gasta menos.

BEN. Entonces, es que Olañeta mejcra...

RIC. Es que aquí, ¿sabe usted?, hay un criterio genial acerca de los acreedores. Noré afirma que no precipitarse en el pago de las cosas constituye una prueba de buen gusto y es un acto de justicia social. El tendero cobra veinte duros por unos zapatos que valen cinco... Noré no le paga los suyos, y ha vengado a tres víctimas.

BEN. (Dejando con mimo el zapato sobre la mesa.) ¡Qué graciosa!

RIC. Mucho. Pero, ¡si viera usted que los tenderos no acaban de convencerse! ¿Había gente en la calle?

BEN. Alguna.

RIC. Proveedores de la casa en manifestación. Y menos mal que el portero no les deja subir... Olañeta se pasó una vez tres días bloqueado. Cuando cruzan por el cielo los aviadores, suspira. Ríase usted de los peligros aeronáuticos. Es menos grave rizar el rizo que aterrizar en esa terrible calle.

BEN. ¡Pobre Noré!

RIC. ¡Si es la más feliz de las criaturas!

BEN. ¡Cá! ¡Tener que vender los apuntes de Alcañiz! ¡Con lo de moda que está ese pintor!

RIC. Desde hace tres días. Murió repentinamente, lleno de miseria. Y ahora es cuando se le reconoce genio. ¡Claro! Ya no hace sombra.

BEN. Yo le ayudé mucho. Compré dos o tres obras suyas...

RIC. Y ha muerto de necesidad.

BEN. ¿Podía yo sostenerlo? Hice algo.

RIC. Usted es rico. Mujeres hay por Madrid que llevan encima todo el dinero que hubiera gas-

tado Alcañiz en pan así viviera cien siglos. Y si ahora le interesan a usted las rayas de Alcañiz, no es por Alcañiz, sino por Noré. Usted, don Benigno, está enamorado de ella. Le compadezco.

BEN. ¿Enamorado yo?

RIC. Sí. Y parece mentira. Un hombre de negocios, serio... ¿Que no es verdad? Desde que vivo yo en esta casa solo veo la sombra de usted alrededor! Sí. Ella le hará caso. Tiene usted dinero. Pero, ¡qué mal asunto, don Benigno! Noré le arrastrará al infortunio. Es una loca. Y luego, ¿sabe usted que esa chiflada lo es todo para Feliciano? ¡Es muy triste deshacer nidos!

BEN. Me ofende usted, don Ricardo. Que Noré me gusta... ¿Cómo decir otra cosa? Pero de eso a lo que usted supone... Hoy vengo —en serio— para ver esas obras de arte. Sabe usted que compro y vendo cosas de valor. Los Alcañices pueden ser hoy una fortuna. (Seco.) Desearía ver a Olañeta.

RIC. (Gritando.) ¡Feliciano! ¡Feliciano! (A don Benigno.) Ahora vendrá. Siéntese usted. (Fijándose en que don Benigno sigue con el hongo puesto.) Y si le estorba, por casualidad, el sombrero, puede dejarlo en cualquier sitio. Hay confianza.

BEN. (Sentándose.) Es comodidad.

(Entra Olañeta con un manojo de claveles en la mano derecha y un plato con agua en la izquierda.)

ESCENA II

RICARDO, DON BENIGNO y OLAÑETA

OLA. (Entrando por la izquierda y dejando plato y claveles sobre la mesa de escribir.) Buenas, don Benigno.

BEN. ¿Qué tal, querido Olañeta? Ya me dijo don Ricardo que Noré duerme aún. (Levantándose.) Me citó aquí para ver los Alcañices esos.

OLA. (Señalando el estudio.) Pues ahí los tiene. Ella no se ha despertado todavía. ¿Le habló de venderlos acaso?

BEN. Sí. Anoche, en Idealidades. Usted no fué...

OLA. ¿Yo? ¿Yo a esos sitios de mero pasatiempo

vano? (Solemne.) Yo sólo voy a las óperas de Wagner, al cementerio civil y a las reuniones de la masonería.

BEN. Noré, que es una mujer extraordinaria, va casi todas las noches.

OLA. Ella no escribe dramas. Ella los vive, los inspira. Dice que le divierte aquello.

RIC. Pero tú deberías acompañarla.

OLA. Me lo tiene prohibido.

RIC. Adorable confesión.

OLA. ¿Y qué? Don Benigno, que es un hombre de mundo, dirá. (A don Benigno.) Este majadero, que vive conmigo desde hace seis días, como usted sabe, y que es un poco filisteo, un escritor para la burguesía oronda, dice que Noré me domina. Y eso le parece mal. (Pausa.) ¿Puede dar un hombre más idea de su virilidad que dejándose dominar por una dama? ¡La pelea, con hombres..! ¡Pero luchar con una cabecita de oro y hacer trizas unas manos de seda! ¡Que me dejo dominar! ¿Por quién? Por una mujer débil, llena de originalidad y de... (A Ricardo.) ¿A que no me dominas tú? (Pausa.) Un hombre que ha escrito lo que yo he escrito está por encima de la moral al uso y tiene derecho, si se le antoja, (Mirando los zapatos de Noré.) a encerrarse en uno de esos zapatos.

RIC. Tienes razón. Pero, ¿y un poquito de energía?

OLA. Energía, para retar a los beocios, para resistir a los bigardos que me tienen rodeada la casa, para asistir al incivil escándalo de mis estrenos. ¿Energía contra Noré? La amo demasiado. ¿Que se va sola por ahí, que trasnocha, que toma éter? Así la quiero. Distinta, única. Tuve una mujer vulgar, y... Ricardo, no me combatas a Noré. Es todo yo. (Pausa.) ¿Verdad que tengo razón, don Benigno?

BEN. Indudable. Yo también... Me dicen tacaño, hasta usurero. Porque he negado alguna vez cantidades a granujas que me querían engañar. En cambio, soy dadivoso con ellas. ¡Pero si ellas son lo único agradable de la vida!... (Pausa.) Bien, pero veamos los apuntes de Alcañiz.

OLA. (Señalando el estudio.) Vaya, vaya usted. Está

usted en su casa. Colgados de la pared... Los verá enseguida. Noré saldrá pronto al estudio. Ahora mismo le aviso.

BEN. Bien. Muchas gracias. (Llegando al umbral que separa ambas estancias.) Ya los veo. Esos del rincon. Son preciosos... (Sale y se pierde a la vista del público.)

ESCENA III

RICARDO y OLAÑETA

OLA. Dame tres duros.

RIC. ¿Y eso?

OLA. Te los devolveré con los de ayer cuando ese canalla pague los apuntes.

RIC. (Dándole dinero.) Toma. Ya sé que son para morfina. Es un asco.

OLA. Gracias. Querrá morfina, si. Tú sabes cómo se pone sin ella.

RIC. ¡Ya! Como una gata furiosa.

OLA. ¡Gata furiosa!

RIC. Debían prohibir la venta de esas marranadas.

OLA. Y están prohibidas. Por eso cuestan lo que cuestan. Lo cual me parece un absurdo. Cada uno tiene derecho a sus caprichos. (Acude a la mesa y empieza a deshojar los claveles sobre el plato lleno de agua.)

RIC. ¿Qué haces? ¿Pones hojas de clavel en remojo? ¿Otra chifladura?

OLA. (Bajando la voz.) Es que desde hoy Noré desayuna claveles. Dice que ella no quiere digerir cosas bestiales, carne, cadáveres. Solo flores.

RIC. (Lanzando una carcajada.) ¡Qué barbaridad!

OLA. Mira, en esto sí que te doy la razón. Los he probado y saben a demonio. Toma una hoja.

RIC. ¡Cá, hijo!

OLA. (Acabando su obra.) ¡Ajajá! Es absurdo, pero son cosas de ella.

RIC. Está más loca... Y a propósito. Me parece que ese don Benigno te ronda la dama Estoy deseando que te la burle No hace más que venir por aquí, y que...

OLA. ¿Crees tú? Pues le voy a hipotecar las nari-

ces a ese usurero. Y a ti por desearme la desgracia.

RIC. ¿Desgracia perder de vista a ese concejal femenino, a ese bolchevique morfinómano?

OLA. Mira que pierdo el juicio. Además, ¿quién eres tú para echarme nada en cara? ¿Es que eres un cenobita? Oye, (Pausa.) ¿Sabes quién va a venir dentro de un rato?

RIC ¡Qué sé yo!

OLA. ¡Averígualo!

RIC. ¿Mujer?

OLA. Sí.

RIC. (Exaltado.) ¿Has sido capaz de avisarle a Teresina? ¿No sabes que te lo he prohibido? Espero a Glorita, al pequeño. Esa mujer puede aniquilar mi última esperanza. Teresina se me planta aquí, echa raices. Puedo perder mi pleito. Puedo quedarme sin mis hijos. Un desliz cualquiera... No, no, ¡qué atrocidad!

OLA. Es cosa de Noré.

RIC. ¿Y quién le manda a esa demente meterse en vidas ajenas? Yo no quiero ver a nadie. Menos, a ella. (Pausa.) Y no es que la infeliz tenga ninguna culpa. Y hasta me agrada su ingenuidad, su modestia sencillita de mecanógrafa pobre. Pero no, ¡no!

OLA. ¿Mecanógrafa? Ahora es manicura. De eso la conoce Noré. Anoche, al llegar, me lo dijo. «A Ricardo, que está de enhorabuena. Teresina me ha prometido venir. Ha puesto un gabinete de manicura en la Gran Vía.» Noré va allí a tomar baños de sol para ennegrecerse. Ya no quiere el yodo. Ha mudado la piel seis veces.

RIC. Han hablado... Y Noré se lo habrá contado todo ¡Esa Noré es insoportable!

OLA. Ni palabra le explicó. Ya se lo insinué yo a Noré. Es más discreta de lo que tú imaginas. Le dijo únicamente que estabas aquí pasando unos días, trabajando, entre nosotros. Le chocó, claro está, y dijo que vendría hoy mismo.

RIC. Lo siento. Acabará por comprenderlo todo y querrá instalarse a mi lado.

OLA. Y ya no tendrás nada que echarme en cara.

RIC. Es que Teresina, ni ha sido concejal en tierra de bolcheviques, ni toma éter, ni des-

ayuna claveles pálidos. Muchachota ingenua. Alma sencilla. Ni pide dinero, ni habla en gringo. Pero ni aun así la quiero. ¿Vendrá? (Pausa.) Quien no viene es ese Sandoval de Lucifer. Dos días enteros sin vernos. Tiene mi vida en sus manos. Le di órdenes severísimas. Me prometió traerme a Glorita, a mi nena, por buenas o por malas. ¡Y no viene!

OLA. ¿Cómo lleva el asunto?

RIC. Ya ves. . Ante todo, la separación definitiva. Por las buenas. Yo creo que esa mujer cederá. Quiero a mis hijos, exijo a mis hijos. Ella los habrá de entregar sin el juez. El juez vendrá luego. Por de pronto, yo exijo a mis hijos.

OLA. ¿Y para eso enviaste a Sandoval?

RIC. Sí. Anteayer. Sandoval supone que ella cederá. Ellos y yo nos iremos entonces a vivir juntos. Es mi esperanza en esta desesperación. Ayer debí tenerlos ya a mi lado. Y ni ayer ni hoy han venido.

OLA. Se habrá resistido tu mujer a entregarlos.

RIC. Por la fuerza me los llevaré entonces. (Pausa.) Pero lo extraño es que no venga Sandoval. ¡Habrá surgido alguna contingencia? ¿Amparará la ley a esa infame? ¿Qué ocurre? (Pausa.) Y yo no puedo vivir así. Todos los segundos esperando a mis hijos, creyendo que Sandoval llegará de un momento a otro. Ni siquiera me atrevo a salir de casa por temor a que vengan estando yo ausente.

OLA. ¿Y si ellos?... Ellos están bajo su tutela. Ellos la quieren tanto como a ti. Supón que ellos se niegan a dejarla.

RIC. Entonces habría llegado una hora suprema. Me ves reir a veces. Es que tengo la serenidad del estoico.

OLA. ¡El suicidio! No me parece ningún absurdo. Yo soy japonés en eso. Dos veces me quise matar.

RIC. Yo no sé si tú eres capaz de matarte. Yo, sí. Yo era dichoso. Y de improviso ha caído mi alma en el luto más trágico. Solo esos niños, que son mi esperanza, me detienen. Si ellos .. ¿Para qué vivir entonces? Mira. (Señalando a la mesa.) Ahí me aguarda el último recurso. El día de hoy tiene de plazo

mi rencor por la vida. Ellos, o acabar. Y eso—te lo juro—aunque me veas un instante reir. Mi abuelo—tú lo sabes—supo matarse en la hora justa. Vivía en un hotel como yo. Tenía un cáncer. Cuando lo desahuciaron los médicos... Una tarde le dijo a mi madre: «Hija, toca en el piano la cuarta sinfonía». Se fué al jardín. Al llegar a un acorde que a mi abuelo le gustaba mucho, sonó un tiro. (Pausa.) Yo tengo algo peor que un cáncer. (Pausa.)

OLA. Creo que no llegarás a esa prueba de buen gusto. Charlas. Pero si me dijeras: «dentro de un cuarto de hora... pum», me quedaría tan ecuánime. Y te ayudaría. ¿Has elegido ya el arma? Señalabas a la mesa. ¿Qué tienes ahí? Supongo que no harás la grosería de matarte con un revólver enticuado. A lo mejor te expones a que falle el tiro y le des a Noré un susto inútil. Te puedes suministrar una dosis enorme de morfina. Pero si es arma de fuego, que sea certera, ¿eh? Nada de correr la pólvora. (Pausa.) De todos modos, no creo en tu suicidio. Vendrán los chicos. Y aunque no vengan.

RIC. Si vivo en una edad y bajo unas leyes que desamparan mi honor, ¿para qué vivir? Tengo que enterarme bien. Sandoval estuvo ambiguo. ¿Puedo yo traerme a mis hijos aunque ella se oponga? Eso es todo. Sin honor, sin hogar, sin ilusión y sin ellos... ¡Bah! Un asco menos en el mundo. (Pausa y exaltado.) ¡Y ese Sandoval sin venir a sacarme de este infierno! ¿Crees que vendrá?

OLA. Quien vendrá es el Cid. Ese no falta nunca a la hora del almuerzo.

RIC. Desde que vivo aquí no vino aún. ¿Por qué le llamas el Cid?

OLA. Por el sable. Porque lo enorme no es sólo que se llame Rodrigo y Díaz. Lo enorme de la coincidencia está en su tizona. Posee una tizona a la que no ha escapado todavía bolsillo. Verás como tú también...

RIC. Pues que no venga.

OLA. Es un chico simpático. Fué teniente. Un día llegó una rubia al cuartel donde estaba de guardia y se marchó con ella de un tirón a Montevideo. Tuvo una vez relaciones for-

males, pidió a la novia, llegó a la estación para acudir a la boda, y ¡zás!, aparece una chica garbosa que conocía de un café. «¡Hola, sinvergüenza!» «Hola, elemento.» «¿Dónde vas?» «A casarme.» «Eres un idiota. Debías seguir conmigo a San Sebastián. No tienes chichas.» «¿Que no?» Y tuvo chichas.

RIC. ¡Qué loco!

OLA. Derrochó el dinero, ha sido personaje en Albania, ha mendigado. Ahora vive del sable. Tiene un cinismo pintoresco. Sus íntimos le llaman el Cid. Cuando yo haga de Rodrigo mi gran personaje teatral y lo inmortalice... Como a Gonzaguita. Estoy pensando en la abyección de hacer una comedia de risa para sacarlo. Su cobardía pintoresca es de carcajada fulminante.

RIC. No me hables de ese malvado.

OLA. Pero si debes estar orgulloso. Le diste un bofetón descomunal, le enviaste los padrinos... y Gonzaga, el espadachín, huyó. Habrá que recorrer las alcantarillas para encontrarlo. Te advierto que has adquirido una fama de valentón enorme. ¡Achicar a Gonzaga! Si quisieras, podrías dirigir un periódico republicano o ser diputado ciervista. (Pausa.) La gente achaca a discusiones literarias el bofetón. Su cobardía, por eso, es más risible aún.

RIC. Te suplico que no hablemos de eso. Están mis heridas demasiado sangrantes. Dejé mi hogar, mis hijos, mi nena, mi Glorita, y he buscado aquí, en esta casa, un asilo. No me recuerdes nada. Al principio tú sabes que quise irme lejos, solo; pero le temí a la soledad y a la lejanía. Tú, Feliciano, que eres desgraciado y bueno, tienes el don de consolarme y de aturdirme. No, no. Calla. Estoy demasiado triste para recordar... ¿No ves que procuro vivir una vida diferente a la mía para que me convierta en otro hombre? Hablabas de la morfina y del éter. Por mi cerebro pasó varias veces la idea insensata de probar...

OLA. Tú no tendrás la pretensión de escribir obras inmortales. Te conformas con la miseria del aplauso y con la mezquindad del

dinero. Te autorizo para el jeringazo. (Viendo al Cid que se destaca desde el estudio cogiendo el plato y corriendo hacia la puerta de la izquierda) Ahí está el Cid. Voy a despertar a Noré. (Gritando) Pasa, Rodrigo. ¿Vienes a almorzar? Aquí está Ricardo Céspedes, el autor. Pasa. (Entra el Cid y Olañeta sale.)

ESCENA IV

RICARDO y el CID

CID — ¿El autor de *Desenlace triste?* Encantado. (Se sienta y reflexiona.) ¿Quién es ese vejete que está sentado en la otomana del estudio y que parece un chamarilero? Me da en la nariz que es hombre de cuartos. Lo he visto con Noré el otro día.

RIC. — Don Benigno se llama. No sé más. Cuartos, sí. Los tiene.

CID — Un hombre de cuartos aquí... Y con ella. Ese viene por Noré. ¡Qué inmundo! Le quiere birlar la chica a Feliciano. Pues juro que pagará su foro. He de vengar a Olañeta. (Pausa.) Es raro que no lo conozca, que me sorprenda ese sátiro. Yo llevo la estadística de todos los ricos.

RIC. — ¿Sí?

CID — (Sacando un papel mugriento de su deshilachada cartera.) Aquí está. Tengo a los ricos clasificados por cantidades y veces. Fulano da cinco duros una sola vez. Mengano da hasta diez veces, pero de a duro. A Perengano, hay que dejarle tres semanas en barbecho Usted se me venía escapando porque vive en las afueras. No es asunto trabajar en los arrabales. Hay riesgo. Se paga el tranvía y puede uno volverse fracasado.

RIC. — Entonces ha llegado usted a la perfección.

CID — ¡Cá! Soy un incipiente. Mi profesor fué Cayuela. ¿No conoció usted a Cayuela?

RIC. — ¿El novelista?

CID — ¿Novelista? Sí, creo que publicó algo. Yo no lo tuve nunca por novelista. Su verdadera profesión era esta mía. Trabajaba como nadie. Fué genial. Deme un cigarrillo. (Ricardo

se lo da.) ¡Cerillas! (Ricardo enciende una, que el Cid utiliza con gesto elegante.) Murió el pobre sin asistir a la culminación de su obra inmensa.

RIC. ¡Qué lástima! ¿Y en qué consistía aquella obra enorme?

CID En algo portentoso que una tuberculosis galopante mató en flor. (Pausa.) ¿Recuerda usted que antes se iba a las tiendas, se elegían cosas y se decía, dando las señas, «mande eso a casa con la factura»?

RIC. Sí. Por cierto que ahora hay en los establecimientos unos cartelitos «No se sirven los encargos sin previo...»

CID Desde Cayuela. Cayuela inspiró esos letreritos. Le digo a usted que fué un maestro. ¿Su gran plan? Cayuela vestía como nadie Si lo hubiese usted conocido, recordaría aquellos chalecos... Cegaban. A un hombre que iba así no se le podían negar veinte duros. Bueno, pues un día pensó: «Cayuela, eres un pródigo. Porque te limitas a escoger aquí un gabán, allí unas botas... Recorres un día en automóvil toda la ciudad, te haces llevar a casa ochenta impermeables, mil bastones, un millón de calcetines. Lo metes en un vagón, y a Barcelona. (Se rien ambos. Entra Olañeta por el estudio.)

ESCENA V

LOS MISMOS y OLAÑETA

RIC. (A Olañeta.) ¿Se comió los claveles?

OLA. Sin dejar hoja. Ahí queda en el estudio con ese usurero. ¿De qué os reíais?

CID Hacía el panegírico de Cayuela, mi genio tutelar.

OLA. (A Ricardo.) Cayuela era un frescales sin precedentes. El infierno, al llegar él, se habrá cuajado de frío. (Al Cid.) ¿No te aburres de hacer lo mismo siempre? Pudiste ser rico.

CID ¿Y qué? Ser rico no es asunto. Eso enmaraña la vida. (Pausa.) Mi profesión encierra en sí todos los placeres. Es la caza, la pesca.

Requiere astucia, talento, oratoria. Dar un sablazo es artístico. (Don Benigno pasa por el estudio mirando cuadros.) ¿Véis a ese? ¿Usurero no, Olañeta? ¿Lo creerás inabordable?... Admírame. En cuanto llegue ¡zas! Hoy pago yo el almuerzo. (Entra don Benigno.)

OLA. (Al Cid en voz baja.) Pinchas en hueso.

ESCENA VI

TODOS y DCN BENIGNO

OLA. (A don Benigno que entra desde el estudio.) ¿Quedó el trato hecho?

BEN. No Noré lo ha pensado mejor. Al ver de nuevo la firma de Alcañiz y las dedicatorias... Y lo siento. Era una buena compra. Alcañiz ha subido. Yo hubiera dado mucho dinero por esos apuntes.

CID ¿Ha dicho usted dinero? (A Olañeta.) Preséntame al señor.

OLA. Don Benigno Duarte... El señor Díaz

CID (Atajando y a don Benigno.) ¡Don Benigno Duarte! ¡Alborocemos! Tengo para usted un negocio colosal. ¡Qué suerte encontrarle! Precisamente deseaba verle hoy. Seiscientas mil pesetas. ¿Apetecen?

BEN. (Risueño.) ¡Qué fantástico! (A Olañeta.) No carece de imaginación su amigo.

CID Estaba prevista su incredulidad. Acabará por convencerse y hasta me hará un pequeño anticipo.

BEN. Dificilillo es; pero diga. ¿Navieras? ¿Exportación de alubias? ¿Acaparamiento de carbón? Todo está hecho.

CID ¡Usted me confunde con algún ministro de Abastecimientos vulgar! Pico más alto. Escuche. ¿Sabe usted a cómo se cotizan los marcos alemanes?

BEN. A 13, a 10... Está hecho también.

CID No se trata de comprar marcos. Se trata de que usted me de mañana tres mil pesetas. Yo me voy a Berlín, donde convierto esas «lucanas» en treinta mil marcos. Allí me compro varios abrigos de pieles que están por los suelos. Se venden a 600 marcos.

Aquí se pagan a 1.500, a 2.000 pesetas los peores. Asústese.

BEN. En efecto. Si las pieles allí van tan baratas se puede hacer un doble asunto contando con la ganancia de los cambios. (A Olañeta.) ¿Sabe usted que no discurre mal el joven?

CID ¿Ve usted como le va interesando el asunto? Con que mañana las tres mil. Y ahora para iniciarnos, cien.

BEN. (Riéndose.) Yo no hago negocios frívolos. Es absurdo. Mande venir los gabanes.

CID Pagando aduanas... ¡qué listo! Además los alemanes cuando exportan cobran en pesetas. Los alemanes se cuidan.

BEN. Entonces, renuncio. No hago nada sin garantías serias.

CID (Solemne.) A eso voy. Lo tengo previsto. (Saca un revólver y se lo quiere entregar a don Benigno.) ¡Fíjese! Es lo más serio que le ha ocurrido a usted en su vida.

BEN. (Asustado.) ¡Un revólver! ¡Guárdeselo usted, por Dios!

CID Es mi garantía. Si le engaño queda usted autorizado para asesinarme.

OLA. (A don Benigno.) Espero que aceptará usted. Es un caso nuevo. Este hombre es el mártir de la garantía.

BEN. ¡Bonita garantía! Usted me engaña, yo lo mato. ¡Y luego a presidio!

CID También tengo previsto ese escrúpulo. (Yendo hacia la mesa.) Ahora mismo firmo en un papel. «No se culpe a nadie de mi muerte.» Me asesina usted. Luego pone sobre mi cadáver ese papel firmado. Fué un suicidio. ¿En qué asunto halló usted garantía más extraordinaria?

OLA. (A don Benigno.) Es colosal. Epico. Díaz, me has inspirado un poema.

BEN. Gracias. No quiero el negocio.

CID Querrá. Oiga. (A los otros.) Perdonen un segundo. (Se lleva a don Benigno aparte.) ¿A que da usted los veinte duros?

BEN. ¿A que no?

CID No espere usted que cometa la tontería de apiadarle. No le diré que hoy no comí. Vamos de lobo a lobo... Pero voy a pronunciar una palabra mágica: Noré.

BEN. ¿Cómo Noré?

CID — Que usted viene aquí por Noré. Que a usted los apuntes de Alcañiz le importan un higo, y que si no transije, charlo.

BEN. — ¡Falta usted a la verdad!

CID — (Volviéndose hacia los otros.) Señores...

BEN. — (En voz baja) ¡Espere, hombre!

CID — Señores, don Benigno que no es un sentimental, pero sí un financiero, comprende que resulta un asunto claro darme esos veinte duros por hoy.

RIC. — (A don Benigno.) ¿Qué? ¿Le convenció?

BEN. — (Sacando la cartera y dándole un billete al Cid.) ¡Caray con el angelito. ¡Y qué labia tiene! En fin, me ha pillado.

CID — ¡Como que iba el señor Duarte a rehusar! (Viendo escabullirse a don Benigno.) Se va, ¿estimable consocio?

BEN. — Sí. Tengo prisa. Adiós.

CID — (A don Benigno que ya alcanza la puerta.) Hasta mañana. Iré por el resto. (Sale don Benigno azorado.)

ESCENA VII

DICHOS, menos DON BENIGNO

CID — (Besando el billete.) Lo que de ese usurero no hubiera alcanzado jamás la indulgencia, lo alcanzó el ingenio. Me bastó con recordarle a un hijo adandonado que tiene.

OLA. — Pero, ¿tiene un hijo abandonado?

CID — ¿Uno? ¡Tres! Me dejo partir la yugular si miento. Ese hombre es un monstruo. (Alegre.) Hoy pago yo. Corro a encargar viandas. Hace un pollo asado?

RIC. — Para Noré traiga algunos crisantemos. Y media docenita de nardos que freiremos con jugo de alelí.

CID — (Echando a correr y tropezando con Teresina que cruza el estudio.) ¡Adelante, cielo! Espéreme usted. Le voy a reservar la pechuga.

RIC. — (Viéndola y a Olañeta.) ¡Teresina! Esta mujer va a perderme. ¡Que se vaya, Señor, antes de que lleguen ellos!

ESCENA VIII

TERESINA, RICARDO y OLAÑETA

Teresina vestirá con lujo estrepitoso, y tendrá un ademán garboso y feliz.

TER. (A Ricardo.) Aquí me tienes, bocazas. (Fijándose en Olañeta.) ¿Aquí, es el poeta amigo de Noré?

RIC. Es un filósofo, Teresina.

TER. ¿Filo, qué?... Camelos a mí, no. ¿Cómo dices que te desenvuelves?

RIC. (Desdeñoso,) Mal.

TER. ¿Anidas aquí? ¿Te has hecho gorrión?

RIC. ¿Gorrión?

TER. Como vives en el alero .. ¡Chico, qué escalera! Tendrás que mudarte si quieres verme con frecuencia. Es para echar el corazón por la nariz.

RIC. Esta casa es de mi amigo Feliciano. Lo estás ofendiendo.

TER. (A éste.) Pues usted perdone mi franqueza, hijo. (Se sienta, enseñando una hermosa pantorrilla.)

OLA. Ya, ya... Veo que es usted sincera, señorita...

TER. No, que no. (A Ricardo.) Pero ¿qué mosca te ha picado para llamarme? Porque supongo que ese recadito de «La India» habrá tenido su intención.

OLA. ¿La India, Noré?

TER. Sí. (A Ricardo.) Los marchosos de Idealidades le dicen así. Postinea que es un gusto. A mí no me gusta, chico. Huele a yodo. Me explico que le guste a los que están constipados. (A Olañeta.) Y dispense. Ella me dió el soplo de este nido. Por cierto que Salivilla se lo ha olido, ¿eh?

RIC. ¿Quién es Salivilla?

TER. El conde que tengo ahora.

RIC. Entonces, tú...

TER. Sí, chico. ¿Para qué nos vamos a engañar? Claudiqué. ¿Te extraña? ¡Claro! ¡Si hace lo menos seis meses que no se te ve el cutis! Claudiqué. Sé que estrenaste. ¿Vives?

RIC. Me defiendo.

TER. Yo me defiendo y ataco. Así dice «El Percebe».

OLA. ¿Quién es ese marisco?

TER. El vizconde. Tengo conde y vizconde. Uno paga y otro...

OLA. Pega.

TER. También usted es franco, mi amigo. (A Ricardo.) Se clarea el pollo.

RIC. Conde, vizconde... Pero, ¿quién te ha enseñado a ti esos terminachos? Estás cambiada. Tú eras una muchacha sencilla, y...

TER. ¡Que te supones tú eso! Yo sé dónde me aprieta el corsé. Yo ganaba de mecanógrafa quince duros al mes y teníamos mi madre y yo que sortearnos los garbanzos. A quien le tocaban pares era feliz. Claudiqué. Tú me dejaste de mecanógrafa, ¿verdad? Luego me hice manicura. Eso es muy postinero y muy lucrativo. Empieza una cogiendo las manos a los panolis y acaba una hipotecándoles el bolsillo. Es un oficio «bien». ¿Que eres bonita y pobre? Pues a abusar. En cambio... (Con voz engolada e imitando voz varonil.) «¿Quién es esa?... Una manicura. ¡Oh! ¿Quiére usted colorearme los «dátiles»? «Vengan esos cinco...» Y empiezan siendo cinco dedos y terminan siendo cinco billetes con la Real casa.

RIC. ¡Qué barbaridad!

TER. ¡Anda, éste! ¡Y que la gente viene dando! Nada, que te buscan todos los días para proporcionarte el alpiste. ¿Qué me has dado tú? Claro, tú eres aparte. Has sido el primero. Yo te quiero, sabes, mal bicho. Y para ti no he cambiado. Pero, ¡me han hecho más lagarta! (Pausa. A Ricardo.) Pero, ¿qué haces aquí? Estás pasmado. Sí, chico; sí, mi nene. Soy Teresina. Tu Teresina. Por cierto que aún no me mudado el nombre. Es cursilito, ¿no? Tengo que pensar una cosa «bien». A ver, ¿qué te parece esto? Madamoiselle Lulú. Muy visto, ¿verdad? Madamoiselle Antúnez, que es mi apellido, como sabes, resulta chabacano. Por más que existe madame Rodríguez, sombrerera, y se hincha.

OLA. ¡Pobrecita!

TER. Se hincha de ganar dinero. No había acabado. ¿Y un recuerdo histórico? Ahora des-

de que se usan los muebles viejos caen bien los motes castizos. «El Percebe» quiere que me ponga... Una cosa... Chico, para su señora mamá: «Dulcinea del Toboso». (Olañeta se ríe.) ¿De qué se reirá esta funeraria? Hijo, se ríe usted de una manera que acongoja. (A Ricardo.) Bueno, ¿y qué? Habla.

RIC. Si tú lo dices todo,..

TER. ¡Mala sombra! ¡seis meses sin noticias! Y sin atreverme a escribirte... ¡Como me lo tienes prohibido, por miedo a ella! ¡Ea, ya estoy aquí! Y ahora para un ratito. (Yendo a Ricardo y cogiéndole de los hombros.) Te quiero aún y te querré. Tú me hiciste comprender que yo no iba para señora decente. ¡Estoy más bien! Antes, privaciones, hasta hambre; Y ahora...

OLA. Senador trufado.

TER. Pero que tiene penetración el poeta. Y medias de ocho duros. (Enseñando una pierna.) ¿Qué pasa? Y todo lo que mi personita apetece. Y voy a debutar. (Yendo a Ricardo y dándole un abrazo.) ¡Y todo te lo debo a ti! Si no te conozco, aún estoy en la Yost. Has sido un bribón, ¿eh? ¡Sin verte! Pero ahora no te escapas. Habéis tomado un nido altito, ¿eh? pero no está mal... (Ricardo hace un gesto doloroso.) Dime... (Pausa.) Dime, ¿vienes aquí todos los días? Te vas a poner cardiaco.

RIC. Vivo aquí.

TER. ¿Y ella?... (Levantándose y yendo a él.) Ahora caigo. Tú has reñido con ella!.. (Poniéndose seria.) Ahora caigo. Y por eso me has llamado a mí. Porque tú me has llamado, ¿eh? ¡Uy, uy, uy! (Irguiéndose.) Mira, chico, ahueco.

RIC. ¿Te vas?

TER. No, que voy a quedarme. Para que luego hagas las paces con doña Intemerata y me saque los ojos. Además, a mí no me gusta perjudicar a nadie, ¿sabes tú? Yo soy así. (Pausa y paseándose.) Antes, bueno. Vivías con ella, la querías... Yo, era una broma... ¡Ca! ¡Esto sí que no! ¡Saber que otra llora por culpa mía! ¡zape! Con la de solteros, viudos y... resignados que hay... Porque tú seguirás... Vamos.. Quiero decir que ella... no habrá claudicado.

RIC. (Levantándose furioso.) ¡No la nombres!

TER. (Asustada.) ¡Alto, alto, que soy yo quien la

está defendiendo! (Fijándose en los zapatos de Noré.) ¿De quién son?

OLA. Cosa mía.

TER. ¡Ah! (A Ricardo.) ¿Sabes lo que te digo? Que te vayas a tu casa, que le pidas perdón y respecto a mí, que te limpies. De todas maneras pensaba serte franca. Te quiero, ¿eh? Pero tú eres muy formalote, y yo ando ahora metida en cada lío. Con decirte que soy popular en la Comisaría del Centro. (Pausa.) Y ahora menos que nunca. Yo sirviendo de cizaña entre dos... Yo tengo madre, tú hijos. Meterse en esas cosas es una bribonada. Pero que te lo digo en serio. A mí jaleos de esta clase, paso. Hice juramento. El mes pasado tuve uno. Se me pegó en Idealidades. Un chico «bien». Gabardina, cartera, postineo. A los quince días había empeñado hasta la pulsera que usaba el querubín sobre un juanete de delante. Vino su mamá a verme. Era una señora de pelo blanco. ¡Con decirte que gimoteamos las dos!

OLA. (A Ricardo.) Las hay sentimentales.

TER. ¿Pero usted se ha creído, con esa cara de sepulturero, que yo soy una mala mujer? Una mujer mala, quizás. Yo tengo conciencia. Y voy a misa. (A Ricardo.) ¿Sabes por qué le hago caso a Salivilla? No es por el dinero. Lo tiene, sí. Otros me darían más. Es que... ¡vamos! Me da pena. Su costilla...

OLA. Del gremio.

TER. ¡Ya querría! Es una infame. Le faltó a Salivilla con un teniente herpético, y cuando Salivilla la quiso retirar una hija que tienen, pues se negó.

RIC. ¿Se negó? ¿Pero es que ampara la ley una mujer así?

TER. Para que Salivilla pudiera quitarle la chica, tendría que haberlos pescado infraganti. Una papeleta. En pleito andan. ¡Y que tienen un estómago los gachós de la curia! ¡pobrecitos!

RIC. Ese hombre es un cobarde.

TER. ¿Por qué?

RIC. Pudo matarla. Y en último término... (Pausa.) ¿Es que le interesa mucho vivir a ese señor? ¿Tan necesario se supone en el mundo?

TER. Chico, es que eso del suicidio... Cosas de locos.

RIC. Y de cuerdos.

TER. ¡Pobre Salivilla! Me tiene a mí. Me daría pena dejarlo. Pero a ti no, Ricardo. No me da pena. Tú eres otra cosa. ¡Vaya, vaya, aburcito.

OLA. Miren la manicura sentimental.

TER. Otras de mi clases hay que no reparan. A mí esto de las tragedias, paso. (A Ricardo.) Yo quiero reir y gozar, ¿sabes? Pero sin daño, ¿eh? sin penas, ¿eh? Y tratándose no de una mamá, sino de la mujer propia, y de la tuya que es tan buena... ¿Y te atreves a llamarme? No te hincho las narices de un revés para que no te lo noten en casa. (Fijándose en lo tristes que están los dos.) ¡Y adiós! Son ustedes más tristes que dos cipreses. (Va hasta la puerta.) Pero no te quedes así. Me das pena. Vuélvete junto a ella y no seas idiota! ¿Y tus chicos? ¿Y la nena mayor, tan bonita? ¡Hombres! Merecían todos la horca. (Consultando su reloj de pulsera.) ¡Las dos y media! ¡Y Salivilla esperándome para almorzar en el Ideal! ¡Adiós, Ricardo!

RIC. ¿Te vas, te vas?

TER. (Remedando a Ricardo.) ¿Te vas, te vas? ¡Llora un poquito, hombre! (Pausa.) ¡Déjame a mí, que sé ir sola por el mundo. ¡Quédate con quien debes quedarte. ¡Vaya con el canalla! ¿De modo que tienes un enfado con ella y lo quieres arreglar de este modo? ¡Bribón! Mira, yo parezco una mujer muy loca. Llevo cascabeles. Gasto, derrocho, río... Semejo una chillona. Que te lo supones tú eso. Yo soy muy práctica.

OLA. ¿Práctica usted?

TER. Sí. Sé que la vida hay que gozarla. Pero sé también que no tiene una derecho a dejar penas y lágrimas en el camino. Sobre esto ha hecho el Percebe una copla muy bonita. ¿Os la digo?

OLA. No. Las coplas plebeyas me dan insomnio. Un día oí una jota y sentí vértigos.

TER. Pues que se alivie. Y tú, Ricardo, que te enmiendes. (Sale. En el estudio se cruza con el Cid.)

CID ¿Se va usted, monada? ¡Sin probar la pechuga?

TER. ¿La pechuga de usted? Paso. Está usted en los huesos, pollo. (Desaparece por la derecha.)

ESCENA IX

RICARDO, OLAÑETA y el CID

CID (Entrando jovialmente con varios paquetes y una botella de vino en la mano.) ¿Quién es esa agresión?

OLA. Una mujer que ha puesto melancólico a Ricardo. (Señalando a éste.) ¿No ves qué cara? ¡Hombres fuertes! Esperaba a una chica decentita, y porque se le ha cambiado en un huracán... Ricardo, hay más de una y de dos y de cien señoras en el mundo.

RIC. ¿Qué sabes tú? Yo esperaba a Teresa sin ilusión, con hostilidad. Me alegro de que se haya ido. Pero... (Levantándose.) Sufro. No tengo esperanza. ¡Estoy caído! ¡Y Sandoval sin venir!

CID (Abriendo un paquete donde está el pollo asado.) Caído de hombre. Son cerca de las tres. Atisban los glotones. (Mostrando sus viandas.) Pollo asado, calamares fritos, jamón, pasteles... y dos botellas de Jerez escalofriantes. Nos vamos a poner tibios de beber, Olañeta. Hoy sería inmundo no agarrarla. Para Noré traigo una sorpresa.

RIC. (Forzando una alegria absurda.) ¿Geranios en compota? ¿Sopa de alpiste? ¿Nardos en almíbar?

CID Es mi secreto. (Señalando un papelito.) Aquí está. ¡Ea, y a devorar! ¡Al comedor! (Queriendo meterse por la puerta de la izquierda.)

OLA. Vete por el estudio. Yo le avisaré a ella. Estará arreglándose aún.

RIC. Entonces hay para rato. Ayer se pintó unos tréboles en las mejillas. Hoy acaso elija unas estrellas en forma de osa.

OLA. (Con ira.) Pero, ¿es que te has propuesto achicharrarme la sangre? Cállate ya con las rarezas de Noré. Es mi locura. Es mi desatino. Pero la idolatro. (Al Cid.) Rodrigo, vete arreglando eso. (Junto a la puerta de la izquierda.) ¡Noré ¡Noré! (Sale el Cid por el estudio.)

ESCENA X

RICARDO y OLAÑETA

OLA. (En la puerta y con voz muy alta.) ¡Noré! (Ricardo se abstrae hojeando una Revista.) ¿No sabes? Anda, que ya es hora de almorzar, muchacha. (A Ricardo.) ¿Habrá sido capaz de dormirse?

RIC. ¡Cualquier cosa! ¡Y de morirse, para dar que decir! Esta mujer es original en todo.

OLA. (Pulverizando a Ricardo con el ademán.) ¡Incomprensivo! (Sale precipitadamente. Pausa. De vez en cuando se oye siempre más lejana la voz de Olañeta, que grita; «¡Noré! ¡Noré!» Al cabo, lívido, tembloroso, regresa por el estudio.) ¡No está en casa

RIC. (Irguiéndose.) Lo sabia. Se ha marchado con Duarte.

OLA. ¿Y no me dijiste nada? ¿Lo sabías y has callado?

RIC. ¿Para qué hablar? ¿La podrías retener a la fuerza? Es una histérica. Una pobre enferma; un caso de anormalidad. Te felicito.

OLA. (Agitándose de un sitio a otro.) ¡Pero era mi vida! ¡Tú que también sufres tormento de mujer!...

RIC. (Cayendo abatido sobre una silla que estará frente a las candilejas y mirando de frente al público.) ¡Pobre hermano! ¡Qué solos y qué tristes nos dejan!

CID (Dentro y lejano.) Me he comido ya la pechuga. O vienen ustedes, o le meto mano a los calamares...

OLA. ¡También ese infeliz!... Su hambre de hoy saciada tan vilmente. Vamos, Ricardo. Hagamos el acto inmundo de comer. En esta degradación, ¿qué más da?

RIC. Anda tú. Tengo el espíritu ennegrecido. ¡No se! ¡No se! Habrá que solucionar esto. Veo la vida como un tormento inacabable, infinito. ¡Qué desgraciados somos! ¡Qué miseros! (Llora con la angustia de un niño abandonado. Olañeta sale lentamente. Entonces Ricardo va hacia la mesa y abre un cajón. Mira abstraído al fondo. Cierra. Hace un gesto de espera con su mano y toma asiento con abatimiento infinito.)

ESCENA XI

RICARDO; después GLORITA

Ricardo queda sentado en una silla de espalda al estudio. Pasa un segundo de infinita angustia, callada Después se ve avanzar a Glorita desde el fondo del estudio. Glorita tiene unos quince años, y es muy bella. Avanza de puntillas al ver a su padre. Cuando está detrás de él le tapa los ojos. Ricardo se sobresalta.

RIC. (Estremeciéndose.) ¿Quién es? ¿Quién es? (Tocando las manos de su hija.) Estas manos tan pequeñas... (Dando un salto, desasiéndose y viendo a la niña.) ¡Gloria! ¡Mi niña! (La acerca hacia sí, sentándose y haciéndole mil caricias frenéticas.) ¡Mi cielo! Pero, ¿quién te ha dado estas señas? Pero, ¿cómo has venido? Estás loquita, loquita... ¿Llegaste sola? ¿Y tu hermanito? (Contemplándola.) ¡Seis días sin verte! Oye... Cuéntame...

GLOR. Tú has llorado... ¡Pobre papá! Oye, te quiero mucho, ¿sabes?

RIC. ¡Sí, nena! Pero, dime, cuéntame... ¿Cómo has venido?... ¿Qué sabes tú de todo esto?

GLOR. (Mirando alrededor.) ¿Nos oirán?

RIC. Nadie.

GLOR. Entonces, oye tú. (Pausa.) Pero antes, papá malo, picarón, dame un beso. (Lo besa en la frente.) Y ahora, escucha... (Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA

GLORITA y RICARDO

Padre e hija siguen juntos; Ricardo sentado y Glorita a su vera. Charlan y observan casi la misma posición que tenían al caer el telón finalizado el segundo acto

RIC. ¡Cuéntame, alma mía! Me traes la vida; me devuelves mi espíritu. Cuéntame. ¡Quiero saber tantas cosas! Dime, dime...

GLOR. Lo más importante. Se murió el pobre gallo.

RIC. (Condolido.) ¡El gallo viejo!

GLOR. Ha sido Pascuala. ¡La bruta! Se empeñó en darle aguardiente para hacer reir a unas vecinas...

RIC. ¡Y tomó la última borrachera! Menos mal que falleció alegremente.

GLOR. Pero yo he llorado mucho. Por cierto que Ramón, el jardinero, se lo quería comer. ¡Comerse a «Noé»! ¡Pobrecito! Mamá lo mandó enterrar debajo del sauce Y ese animal de Ramón, haciéndonos burla. Cantó el gori, gori. (Fijándose de nuevo en su padre) ¡Cómo te quiero, papá! Los pichones ya vuelan. ¡Están más bonitos! En cambio, una mala noticia. ¿Te acuerdas de aquel palomo blanco que tenía criando a su pareja y que se iba a la casa de junto buscando a otra paloma?

RIC. Sí. Aquel sinvergonzón... Uno blanco que tenía un collar muy lindo. ¿Se fué ese miserable?

GLOR. No. Lo cazaron con trampa en el rastrojo Yo lo vi volar hacia allí. Iba con la pintada, con la forastera. Ella se salvó. ¡Qué mala!

RIC. (Acariciándola de nuevo.) ¡Vida mía! (Pausa.) Pero, dime, ¿cómo has venido aquí?

GLOR. Me trajo Sandoval. (Saltando hacia la puerta para ver si escuchan.) Oye, papá. Si me guardas el secreto te digo una cosa.

RIC. Dí, alma.

GLOR. No me atrevo.

RIC. Vamos, dime. Estoy impaciente.

GLOR. Es que me lo han prohibido. Luego me llamarán soplona y chismosa, y lloraré.

RIC. Anda, dime. ¿No ves que sufro?

GLOR. ¡Pues vaya! (Pausa y en voz baja.) Mamá también está abajo. Hemos venido los tres en un coche. Me prohibieron decírtelo. Pero en seguida iba yo a engañar a papaíto. ¡Cómo te quiero! ¡Cómo te quiero!

RIC. (Airado.) ¡Sandoval se atreve a esto! ¡Es capaz de tanta osadía! ¿No le dije que?...

GLOR. ¡Come te enfades me voy y no vuelvo más! (Hace ademán de escapar.)

RIC. (Sujetándola.) ¿Tú, irte?

GLOR. ¡Yo qué me voy a ir! Era para asustarte, para que no te enfades ni seas así. Tienes muy mal genio. Sandoval es muy bueno, ¿sabes? Nos quiere mucho. Oye: el mastín ha crecido una barbaridad. ¡Está más precioso!... El otro día le mordió a Pascuala.. ¿Por qué estás enojado con Sandoval? ¡Si vieras lo que nos acompañó estos días! Mamá los ha pasado llorando. Eres malo, remalo. ¿Por qué te has ido de casa? Ricardito no sabe nada, ¿eh? Le dijimos que ibas de viaje. ¡Está pasando unas noches!... Quería que lo acostases tú, como siempre. Cada noche una rabieta. ¡Faltón! ¡Faltón! ¿Lloras? (Abrazándolo.) Te queremos tanto. No llores. ¡Si te queremos tanto!...

RIC. Y yo a vosotros, mis pequeñines. Me has traído la vida. Cuéntame. ¿Por qué has venido?

GLOR. Porque así lo dispuso Sandoval. ¡Es un santo! Nos ha traído juguetes. A mí otra muñe-

ca, negrita, ¡más preciosa! Al pequeño, como es pequeño, le ha traído un látigo que tiene un silbato en la contera. Entre el silbato y las rabietas no nos deja vivir. Sandoval ha venido al hotel todos los días. Esta mañana estuvo hablando con mamá ¡qué se yo el tiempo! Luego me llamaron para decirme que me vistiera. !Ibamos por papá. Ricardito, que oía detrás de la cortina, quiso venir también. Lo hemos engañado al pobre. Sandoval tenía un coche en la puerta.

RIC. ¡Sandoval!...

GLOR. ¿Ya estamos de morros otra vez? Subimos al coche. ¡Qué lejos vives! Una hora, dos horas... Yo de ti me voy todavía un poquito más lejos... Mamá ha venido llorando en el coche. Cuando llegamos, Sandoval, que lo ha dispuesto todo, me dijo: «Sube tú; lo sorprendes, le dices mil cosas, menos que tu mamá está aquí, ¿sabes? Eso no se lo digas, ¿eh? Estropearías la combinación. Le dices que yo te he acompañado, que me quedé en el portal, cualquier disculpa... Yo subiré al cabo de un ratito...»

RIC. Vamos, toda una comedia.

GLOR. ¿Te disgusta?

RIC. ¡No! Te he visto, he podido besar tus manitas, he oído tu voz. No sabes. Has llegado como un milagro. (En voz baja.) ¡Es tan rara esta casa y tan triste! Ya arreglaremos nuestra vida. Por de pronto, mi nena no se va, ¿eh? Tú, pase lo que pase, vivirás conmigo. ¿Me lo juras? Y Ricardito. Alquilaremos un piso muy alegre por ahí. Yo me consagraré a vosotros. Os llevaré al Retiro, al teatro.

GLOR. Sí; pero mamá...

RIC. De eso ya hablaremos. Tú eres demasiado niña para suponer, para decidir... Cuando venga Sandoval quedará esta cuestión definida. El pobre cree hacerme un favor intercediendo... Ignora, o procura ignorar, que hay abismos incegables, absolutos. El problema no es tuyo, sino mío. Teniéndoos a vosotros, aún puede sonreirme la vida. Anda, júrame que no me dejarás solo. (Angustiosamente.) ¿Verdad que no me abandonarás, hijita? (Sandoval aparece por el estudio.)

GLOR. Pero he de verte alegre. Yo no te quiero triste... Me das miedo. (Acariciándolo.) Esta arruga... (Pasando su mano por los ojos de Ricardo.) Me da rabia esta arruga tan honda. Antes no la tenías así. ¡Ea, a sonreirme un poquito!

RIC. Si me juras que estarás siempre conmigo, soy capaz hasta de reir.

GLOR. ¡Pues a reirte!

RIC. (Sonriendo.) Ya me río.

GLOR. Así me gusta. (Poniendo sus deditos en cruz y besándolos.) Juro que no te abandonaré. (Entra Sandoval.)

ESCENA II

Los MISMOS y SANDOVAL

SAND. (Entrando y a Ricardo.) He ahí a la fiera. Ríe y llora. Corazón de hombre.

RIC. (Levantándose.) ¿Qué has hecho, Sandoval, qué has hecho?

SAND. Traerte, (Señalando a Glorita.) a un enemigo. ¡Ríñeme! Sí, hombre, ¡ríñeme!

RIC. Pero abajo...

SAND. Sí. Está ella. La mujer más buena del mundo. La tuya. ¡Gloria!

RIC. (Levantándose enojado.) Es que...

SAND. No me interrumpas. Si después de oírme no me das la razón, cogeré a la niña y nos iremos para siempre.

RIC. Eso no. Glorita se quedará conmigo. Me lo ha jurado. Y es inútil que te molestes. No te niego la buena intención, pero, ¿qué intentas sino traerme un dolor más?

SAND. He dicho que me oigas. Si después de escucharme sigues pensando como hasta ahora, qué sé yo... Me iré con la niña o sin ella. Habré terminado mi obra de amigo que os quiere y que no tiene derecho a seguir cometiendo indiscreciones.

RIC. No te enfades, Sandoval. Considera que...

SAND. ¿Enfadarme? Lo que te pido es solo un pequeño favor. Dos minutos de audiencia. Que domines tu voluntad un segundo para escucharme. (A Glorita.) Nena, ¿quieres mirar aquellos cuadros tan bonitos? (Señalando al es-

tudio.) Tu papá y yo tenemos que hablar. ¿Nos permites, bonita?

GLOR. (Atisbando hacia el estudio.) Bueno... sí... (Corre a saltitos. Desde el estudio a Ricardo.) ¿Te quiero yo?... (A Sandoval.) Y cuidadito con darle ningún disgusto. (Amenazándole.) Estoy aquí yo... y usted me entiende. (Se esconde hacia la izquierda del estudio.)

ESCENA III

DICHOS, menos GLORITA

RIC. Habla. Acabemos pronto.

SAND. (Sentándose.) Cuando al día siguiente de aquello me diste el encargo, como abogado, de proceder judicialmente contra ella, creí un deber de cortesía visitarla.

RIC. Te lo prohibí Hiciste mal.

SAND. Yo no sufría tu ofuscación. La visité porque era preciso oír de sus labios una explicación de aquello.

RIC. Aquello no tiene explicación.

SAND. Pues la tiene. ¿Me permites que hable con franqueza? ¿No te alterarás? Soy tu abogado y tu amigo. Tú viste...

RIC. (Crispando los puños.) Yo vi a Gonzaga de su brazo cuando llegaban al comedor. Se habían paseado largo rato por el jardín solos. Cuando yo abrí la puerta queriendo buscarlos para el te... (Pausa.) Gonzaga, acercaba su cabeza hacia ella para... (Pausa.) Son inmundas estas explicaciones inútiles. Es infame hasta el recuerdo de tanta abyección.

SAND. Permíteme, Gonzaga—eso lo viste tú y en ese instante fué cuando abofeteaste su cara cobarde—se inclinaba para darle un beso. Un beso que no llegó a dar, que era sencillamente un acto de barbarie. Gloria, me lo ha dicho anegada en llanto y en pena, en angustia y en desesperación. ¡Cómo ha sufrido esa mujer!

RIC. ¡Discúlpala! ¡Apláudela!

SAND. Ni aplaudo ni disculpo. Cuento.

RIC. Sí. Un cuento. Una patraña burda. No sé cómo te atreves a intervenir en esta asque-

rosa cuestión. Mira. (Exaltándose.) Aunque tuviera que renunciar a mis hijos. ¿Lo oyes? Me has visto enternecido con la pequeña... Me has sorprendido débil... Oye. Aunque tuviera que renunciar para siempre a Gloria y al otro. No han de valer coartadas y teatralismos de abogado. Es inútil.

SAND. (Riéndose.) Y eres tú el dramaturgo de la transigencia, el innovador indulgente... Y yo soy el calderoniano que se desayuna con cadáveres... Parece mentira que hables así. Estás obcecado. Juegas con tu felicidad como un loco. Te digo la verdad, Ricardo. Te juro por mi honor que es la verdad. Entre Gloria y Gonzaga solo hubo un intento de deslealtad por parte de ese idiota. Majadero acostumbrado a éxitos fáciles, puso sus ojos en Gloria, queriendo aprovechar vuestras discusiones. Sabía que Gloria no te podía estimar. Os espiaba. Leía en el espíritu de Gloria sus luchas, sus penas. Fué sencillamente esa cosa inmunda que se llama en novela un seductor y que en la vida solo es un canalla.

RIC. Pero no me podrás negar que ella coqueteaba...

SAND. Ni eso. Gonzaga ha sido para Gloria lo que es para todos: un hazme reir, un estúpido audaz, un necio Se reía de su flirteo, que nunca supuso tan osado. Nunca le dió—te lo juro—el pretexto más insignificante. Gloria, un poco apartada de ti, reía con los chistes de ese mentecato. ¡Sólo al recordar la audacia idiota de aquel día, enrojece, se avergüenza, se crispa de indignación! No sonrías con sarcasmo. Es verdad. Yo mismo lo dudé al principio. Te lo juro que fuí a verla con la intención dañina de un pleitista vulgar, para confesarla, para convencerme de su culpa, para quitarle sus hijos inmerecidos, para castigarla de un modo implacable.

RIC. Eso quería yo.

SAND. Pero me convencí de que tú y yo urdíamos una infamia y una monstruosidad. Tú mismo habrías sido la peor víctima de aquello. Tú, porque la engañaste, porque emponzoñaste su corazón con ideas malsanas, porque

después, siendo ella inocente, la odiaste. Su culpa—si la hay—¡bien leve culpa! es un fruto literario tuyo. Y hemos estado a punto de aniquilar a esa mujer robándole sus hijos. (Pausa.) Lo que ha llorado esa mujer. (Pausa.) Tú, Ricardo, confesarás que no has sido para Gloria un modelo, ¿eh? Teresina... y Carmina, y Rosarito... ¡Claro! Disculpas eso con el teatro y con el periódico... Conoceis a tantas mujeres! Pero las mujeres de los escritores, son mujeres también. Ella estaba dolida. Además, debes reconocer que tus ideas literarias sobre moral doméstica eran un poco disolventes. Gonzaga quiso aprovechar una pequeña crisis, una nube... Gloria te quiere, te es leal, te lo será siempre. Aquella misma actitud ni siquiera de coquetería, que mostró ante Gonzaga, ¡la ha llorado tanto!...

RIC. Llanto inútil y tardío.

SAND. ¿Pero, aún dudas? ¿Pero, es que me supones un embustero absurdo? ¿No crees en mi amistad? Careces de motivos, sábelo bien. Repito que aquel día compartí contigo no ya el enojo, la rabia, el rencor... Pero después de todo ¡bendita aquella tarde en que ibas a leernos la famosa comedia! Fué un gran frenazo en tu vida. No lo dudes. De vez en cuando es preciso sufrir. No lo dudes. Yo lo noto en mí mismo. De vez en vez se hace preciso que la desventura dé sus aldabonazos en la puerta. Ella nos asombra y nos reacciona. Al principio la rechazamos con odio. ¡Importuna! Después, como es inexorable, acabamos por aceptarla y por considerar que es justa. Y aquel reactivo tremendo nos dice que la vida hay que ganarla con dulce lentitud, con clara sencillez, sin vanidad. (Glorita llega dentro del estudio hasta cerca de la puerta que da acceso a la sala, haciéndose visible al público. Oye las últimas palabras de Sandoval. Ve á su padre un poco menos exaltado y sonríe.)

RIC. ¡Ojalá tengas razón! Eres de un optimismo tan alentador y tan varonil... (Al escuchar Glorita a Ricardo hace un gesto de resolución y escapa hacia la derecha por donde entró en el segundo acto y hacia donde se halla el acceso al hogar de Olañeta.)

SAND. Lo único irreparable es, lo irreparable. En-

tre Gloria y tú era preciso Gonzaguita. A ti para decirte: «No engañes a tu mujer, no te supongas tan alto y tan distinto, no escribas cosas que no sientes, no te engrías.» Y a ella para decirle: «No confíes jamás en palabras risueñas de traidores y que solo buscan, saltando entre escombros, el saciamiento de su vanidad canalla.» ¿Estáis unidos? ¿Os queréis? Pues seguid, después de esta dura lección, vida adelante, pero sin una vacilación ni una sombra, por el claro sendero que tenéis ante vuestros ojos.

RIC. (Llorando.) Tienes razón.

SAND. Voy a llamarla. Estará abajo, temblando. Ha envejecido. Sufrió más que tú, mucho más que tú. A los hombres nos queda siempre en el dolor, un recurso último. Hasta el pistoletazo, que ellas no conciben, es una huída oportuna, es un puente que se pone entre el sufrimiento y el interrogante. Ellas, ¡las pobres! no tienen otra arma que llorar. Gloria ha llorado en el jardín silencioso, en la casa vacía, en la triste alcoba que ya no era nido, cerca de esos hijos que te recordaban siempre, como acusándola, y que lloraban también.

RIC. Tus palabras me hacen dichoso... (Pausa: Vacilando.) Pero solo me traes una ilusión. ¿Y el escándalo? Es irreparable, Sandoval. Es imposible que unamos nuestras vidas.

SAND. Escándalo. Eso es una palabra vacía. Hubo o no culpa. Si no hay culpa, ¿qué es el escándalo? Déjate de sombras. ¿La llamo? (Viendo llegar a Gloria y Glorita que andan cogidas de las manos.) Pero es inútil. Aquí está. La trae Glorita. Calma, Ricardo. Te va la vida en ello.

ESCENA IV

LOS MISMOS, GLORIA y GLORITA

Gloria llega asustada, vestida de obscuro, asida a su hija; con aire irresoluto

GLOR. No quería subir. Tenía miedo. Yo le dije que papá no le pegaría. A mí no me pegó...

GLORIA (Corriendo hacia Ricardo y poniéndose de rodillas.) ¡Perdóname! ¡Perdóname! Yo comprendo que fuí culpable. Culpable sin propósito, sin culpa ¡sin culpa! Pero no debí jamás... Te lo habrá dicho Sandoval. Me muero de vergüenza... Quiso... Si no lo hubieras abofeteado tú, lo hubiera hecho yo. ¡Perdóname! ¡Como conocía nuestras disputas!... ¡Como sabía tu modo de pensar!... (Sollozando.) ¡Dios mío, lo que puede traer una ligereza! ¡Dios mío, de qué modo llega a veces la desgracia! ¡Yo sin mis hijos y sin ti!... ¡Yo deshonrada!... (Cubriéndose la cara con sus manos. Llora.)

RIC. (Levantándola del suelo.) No llores. Acaso nuestro cariño necesitaba una prueba así. Yo también fuí ligero. Yo te he faltado.

GLORIA Las culpas de los hombres...

SAND. Las culpas de los hombres, Ricardo—aquí lo ves—son malas, muy malas, pero no son irreparables. Las culpas de las mujeres, sí Son el abismo.

RIC. Tienes razón.

(Glorita se distrae en tanto curioseando por la estancia.)

SAND. Así opinaba yo aquella tarde cuando me contradecíais. Y ello es así, no por capricho sino por la esencia misma de las cosas. El hombre representa en la vida la acción. El hombre es quien camina, quien pelea, quien se mancha. El hombre es el que siembra, el que se agita, el que hace revoluciones, crea mitos, grita, asciende o cae. La mujer representa la quietud, el sosiego, el hogar, la familia. El hombre es una mano. La mujer es un corazón. La mano, si se ensucia, se lava. El corazón es tan sutil que lo paralizaría un soplo. El hombre, que es mano, puede manejar el arado y la espada, bendecir y golpear. Puede ser buena o mala, sucia o limpia. Es mano. Es humana. Agita, actúa. Y unas veces, impúdica, se mancha en la obscenidad; y otras, fuerte y viril, protege al huérfano, anima al mármol o traza los rasgos de una ley inteligente. Es mano. Puede recibir heridas. Las heridas cicatrizan en las manos, como en ellas se borran las huellas infames. Pero la mujer es un cora-

zón. Y un corazón no sufre manchas ni heridas. La mujer, que es toda ella virtud, virtud de hogar, virtud de esposa y de madre, santa y casta luminaria que nos alumbra en nuestras luchas y hasta en nuestros crímenes, no permite, en su delicadeza, ni el más tenue roce de lo feo. Es la azucena. Es el pan blanco de la comunión. Repetiría, si no fuera manido, que las mariposas tienen así las alas. Muy bellas, pero tan frágiles, que hasta el vientecillo de la Primavera las trunca. Nosotros, que salimos a la calle y nos entusiasmamos con la vida, si...

RIC. Cierto, cierto.

SAND. Es el fogonero. Se gana la vida en la máquina. Está lleno de mugre Pero llega a su casa y, despues de hundir su cabeza y sus manos en el agua clara, parte con sus dedos el pan blanco que una sana y limpia mujer le ofrece. Allá, en la máquina, aquel hombre constituía una cosa negra y sucia. Era el tren que avanza. Dentro de su hogar está blanco y limpio. Es el hogar quien lo ha embellecido; el hogar, iglesia de la vida. (Pausa.) ¡Ea, daos un abrazo! (Ricardo corre hacia Gloria. Se confunden en un largo abrazo.) Y ahora, Ricardo, a vuestra casa. Después romperás aquella absurda comedia. ¿Ves cómo tenía yo razón? ¿Ves cómo no es lo mismo?

RIC. ¡Qué ha de ser lo mismo! Porque no es lo mismo, puedo ser yo feliz todavía. Porque no es lo mismo, mi alegría de ahora contrasta con la angustia de este pobre amigo (Por Olañeta.) que me ha ofrecido su hogar y cuyas penas me consolaron un poco.

GLORIA (A Ricardo piadosamente.) Lo habrás pasado muy mal. ¡Me daba tanta pena! ¡Cómo he sufrido en aquella casa tan sola! ¿Me dejas que te hable? Mira: siempre tuve tu cubierto puesto en la mesa por si venías. Sabía que no habías de llegar, pero colocaba frente a mí tu servilletero. ¡Lo que son las pequeñeces! Suprimir aquel servilletero de plata, que tuvisto ya de colegial y que trajiste a nuestra vida cuando éramos tan pobres, me habría parecido un rompimiento absoluto.

SAND. ¡La infeliz! En el fondo las tragedias son un poco ridículas. ¿Sabes lo que más le ha preocupado a Gloria en toda esta catástrofe? Tu consomé. Que no te harían un buen consomé.

GLORIA Tonterías... Es verdad. Lo tremendo está siempre cerca de lo insignificante. ¡Aquello no es vida! El otro día encontré un borrador tuyo, el croquis de una comedia. Me lo quedé mirando y lloré. ¡Pobres cuartillas! Parecían muertas... Vámonos ya. Vámonos.

RIC. (Acariciando a su hija.) Vámonos; pero antes dejadme cumplir con un deber. Olañeta está consolándose de su infidelidad con un ridículo festín.

SAND. ¿Qué infidelidad?

RIC. Noré. ¡Se le ha ido! Pero en cambio le ha traído el Cid un botín formidable.

GLORIA ¿El Cid?

RIC. Don Rodrigo Díaz, un tipo muy pintoresco. Aquí he conocido a gentes maravillosas. Asomándose a las otras vidas, sabe uno apreciar la felicidad de la propina. Vais a conocerlo. Tengo que despedirme de Olañeta.

GLORIA Sí, sí. Y yo también lo debo saludar. Ha sido muy bueno para ti y le quiero dar las gracias.

RIC. (Llegando hasta el estudio y gritando.) ¡Olañeta! ¡Feliciano! Está aquí Gloria. Nos vamos, Gloria quiere saludarte.

ESCENA V

LOS MISMOS y EL CID

CID (Dentro, lejos y a gritos.) ¡Ricardo! Venga usted, ¡auxilio!

(Ricardo corre hacia el fondo de la casa. Glorita, asustada, se esconde detrás de la mesa de escribir. Gloria y Sandoval permanecen de pie, trémulos.)

GLORIA ¿Qué será?

SAND. No sé... ¿Habrá sido capaz?... Voy, voy a enterarme. (Se detiene al oir al Cid prorrumpir en una carcajada.)

ESCENA VI

DICHOS, RICARDO, CID y OLAÑETA

Entra primero Ricardo; después, juntos, Olañeta y Cid. Olañeta tiene la chalina en desorden y el pelo alborotado. Parece animado por el alcohol

RIC. No ha sido nada. Este, (Por Olañeta.) que ha bebido unas copas de Jerez. Se puso a improvisar un discurso contra todo lo creado; discutieron, y ha querido rematar la orgía como Nerón. Ya pasó.

OLA. (Con voz animada y torpe.) No pasó. El respeto que le debo a Gloria me impide ser sincero del todo. No pasó. Te he dicho, Ricardo, que si un día me cansase de vivir... Y ya no quiero vivir. ¿Escribir mi obra grande? ¿Para qué?...

GLORIA (A Sandoval.) ¡Pobre! ¡Entre qué tristes personas ha vivido Ricardo!

OLA. (A Gloria y Ricardo.) Me alegro de que se hayan reconciliado, ¿eh? No comprendo estas cosas porque me parecen triviales, pero os saludo porque sé que os queréis y porque os quiero.

RIC. Cuando te pase esta borrachera lúgubre, hablaremos. Te estoy agradecido.

GLORIA Yo también le doy las gracias. (Cogiendo a Glorita de la mano.) Adiós. (Saliendo.)

RIC. (Abrazando a Olañeta.) Hasta siempre. (A Sandoval.) ¿Sales?

SAND. Dejando a este hombre así.. (Por Olañeta.) ¿Ves ahora lo feliz que eres?...

RIC. Veo que Dios me ha colmado de suerte y veo que eres más que un hermano. (Al Cid.) Adiós, señor Díaz. He tenido mucho gusto en... reconocerle... Ya sabe usted donde...

CID Queda usted apuntado en mi lista.

RIC. No perderá el viaje. Adiós a todos.

(Salen Gloria, Glorita y Ricardo.)

ESCENA VII

SANDOVAL, OLAÑETA y EL CID

OLA. ¡Qué felices son los insignificantes! (Al Cid.) ¡Esclavo, tráeme Falerno, Chipre!... Algo quedó en la botella. Quiero morir con la elegancia de Petronio.

SAND. (Deteniendo al Cid con un gesto.) ¡Basta! (Cogiendo dulcemente a Olañeta.) Todo eso que acabas de decir no es más que una sarta de tonterías. Te prohijo. Tú dejas ahora mismo este estudio y te vienes a mi casa de solterón. Me vas a ayudar en mis trabajos. Como te vea escribir una tragedia, te la hago... Estás en el deber de rehacer tu vida.

OLA. Es tarde.

SAND. ¿Tarde a los treinta años? ¡Si es la hora de empezar!

OLA. Estoy abrumado, roto.

SAND. Por los dramas.

OLA. Y por...

SAND. ¿Noré? ¿La otra? Como en todo, elegiste mal. Es decir, no elegiste. Aquélla era una aventurera y ésta una chiflada. La mujer, Feliciano, es el tesoro único que la vida nos trae. Pero... Hay una para cada uno. Tú y yo aún no la hemos encontrado... Cuando llegue... Entonces... Bueno... y se acabó. ¡Vámonos!

OLA. (Se acerca lloriqueando a Sandoval.) ¿Es posible que yo pueda aún ser dichoso?

SAND. Sí. Como Ricardo. Es lo mismo. Ofuscación, literatura, majadería. Ahora es cuando te digo que es lo mismo.

CID (Que ha oído sagazmente. Avanzando hacia Sandoval.) Este me prohija a mí también. Un momento. Usted presume de filántropo. ¿A que no? ¡A que no le queda corazón para otro hijo!... (Se abraza a él. Ríen. Salen lentamente. Cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA

JUICIOS DE LA PRENSA

La Voz.

El mejor estreno de la noche correspondió al teatro Cómico. Trátase de una comedia de don Luis Antón del Olmet, titulada NO ES LO MISMO, en la que demuestra prácticamente el paso adelante que ha dado en su carrera de autor. Sustenta la idea, muy acertada y generosa, de que el adulterio no es lo mismo que lo cometa la mujer o el hombre. Que mientras el del hombre no tiene la menor importancia, el de la mujer destruye el hogar, aniquila a los hijos y deshace la célula social, disolviendo la familia.

Lo mejor de la obra, además de su pensamiento, es el segundo acto, en el cual desfilan unos cuantos tipos bohemios muy graciosos y muy bien observados.

Antón del Olmet fué llamado a escena; los intérpretes hicieron todo lo que pudieron en favor de la obra.



La Correspondencia Militar.

En el Cómico, Luis Antón del Olmet ha conseguido otro triunfo con su comedia dramática NO ES LO MISMO, obra muy literaria y muy hábilmente teatral, sobre todo en su segundo acto. De los intérpretes, la señorita Lombera y el señor Aguado merecen una citación honrosa.

JAIME MARISCAL DE GANTE.



El Día.

Luis Antón del Olmet, infatigable y ameno literato, volvió a triunfar anoche una vez más en el Cómico con la comedia dramática en tres actos, titulada NO ES LO MISMO.

En esta obra, Antón del Olmet, con su brillante estilo de escritor, aborda el interesante tema de un adulterio que no llega a consumarse, volviendo los esposos a la felicidad interrumpida merced a la humana y caballerosa intervención de un abnegado amigo de la familia.

En NO ES LO MISMO, el comediógrafo ha sabido unir, a la nota altamente sentimental, la nota cómica, y los personajes, dibujados de mano maestra, tienen la reciedumbre y la fuerza emotiva y real de seres reales, tocados por la pluma de un escritor cuyo estilo es duro y recio.

De entre los tipos de la comedia, sobresale el de «Doré», figura original e interesante, que aunque en la obra ocupa un segundo lugar, por presentar el aspecto nuevo de un alma de mujer enferma de vicio y de sensibilidad, tiene un ingrato sabor muy peligrosamente atractivo y es muy siglo XX.

La citada figura fué muy bien compuesta por la señorita Lombera, que se reveló anoche como una actriz muy femenina y muy sensible, con toda la feminidad de abismo de una mujer fatal.

La señora Pacheco y la señorita Iglesias, muy discreta y muy mona, estuvieron a gran altura en sus respectivos papeles, así como los Sres. Méndez, Amyach, Cuenca y Carmona, un actor cómico de gran discreción.

Todos ellos, con Antón del Olmet, salieron al palco escénico a recoger los aplausos del público, que los tributó con entusiasmo.

* * *

Hoy.

Hay un cuento del P. Coloma en que hablando de un poeta que elogiaba el adulterio, cuando él sufrió esta afrenta, puso el grito en el cielo y lo maldijo. Y esta actitud la describía el sabio jesuíta en los siguientes versos:

«Corrige en prosa
lo que escribe en verso.»

Algo parecido nos presentó anoche Antón del Olmet en su obra NO ES LO MISMO.

La teoría de que el adulterio debe castigarse igual en el hombre que en la mujer, la defiende el protagonista de la obra en otra que él ha escrito para ser representada.

Uno de sus amigos pretende enmendarle la plana, diciendo que no es lo mismo la falta de la mujer que

la del hombre. En esto, el consabido defensor de tal teoría, encuentra a su mujer no más que flirteando con uno de los amigos que él llamó para leerles su nueva obra. Le abofetea, lleno de ira, y se separa de la mujer por infiel, no recordando que él tenía tres amigas con quien se entretenía faltando a su mujer. Es decir, «corrige en prosa lo que escribió en verso».

La obra está bien escrita, con el brío y la pulcritud que Antón sabe poner en su pluma, y quizá, haciendo más ligero el diálogo, ganaría más la nueva producción.

Los caracteres están bien marcados, y la técnica bastante cuidada, aunque no es perfecta. Antón empieza ahora sus lides escénicas y ha de limar un poco sus naturales inexperiencias.

Las señoras Pacheco y Lombera, especialmente ésta última, guapa y desenvuelta en su papel de «demimondaine», estuvieron muy bien, así como la señorita Iglesias en el papel de hija mayor del marido ofendido.

Entre ellos, Aguado, si bien exageró un tanto su energía y desesperación, estuvo bien; Amyach, excelente en su difícil papel, y Cuenca sobrio y bien caracterizado.

El público, desde el primer momento, entró en la obra, y al terminar el primer acto llamó al autor, que tuvo que salir, así como al finalizar los otros dos, siendo muy aplaudido y recibiendo muchas felicitaciones.

*
* *

El Mundo.

Una cosa es predicar y otra dar trigo.. No es lo mismo... Esta es la esencia, la idea madre, como si dijéramos, de la comedia dramática que, con un franco éxito, estrenó anoche en el teatro Cómico el gran estilista Antón del Olmet.

Como todas las obras que tienen algo más que palabras, ésta de tan exquisito escritor, se presta a ser interpretada, porque su arte tiene tanta enjundia, que admite ser desdoblado sin que pierda por eso la unidad de fondo. Así veo que algunos críticos toman por esencia el ejemplo práctico que Antón del Olmet nos presenta para demostración de su tesis, sacando dicha crítica la consecuencia de que no es lo mismo el adulterio en la mujer que en el hombre. Que se nos perdone el atrevimiento de pensar que esa no es la consecuencia, la moraleja de esta comedia, que con justo título podría llamarse comedia ejemplar por la sana doctrina en que se funda. Lo que no es lo mismo en muchas ocasiones es

la teoría y la práctica, las ideas y las realidades, los sentimentalismos falsos y la vida, que se impone al fin con su dolor. Esta es la tesis de la obra de Antón del Olmet.

El ha colocado a su personaje teorizando falsamente al margen de la vida o en la vida ajena, y cuando sus falsas ideas amenazan con irrumpir en su hogar, sus teorías se deshacen, porque no es lo mismo predicar en falso que sentir esas predicaciones.

***

La Correspondencia de España.

No es lo mismo la intención que el acto. No es lo mismo una comedia que una autocrítica. Esto lo sostengo yo; no el autor de la comedia en tres actos estrenada anoche en el Cómico. Lo que sostiene D. Luis Antón del Olmet en su autocrítica—obsérvese que digo en la autocrítica—es esto: «No es lo mismo que sea el hombre, el macho, el infiel, a que lo sea ella, la hembra. El adulterio viril puede no extinguir un hogar ni romper dos vidas. El de ellas...» Así está claro. Pero ¿resulta en la comedia esa tesis con la misma claridad? De no haber leído la autocrítica, que muchas veces sirve para apreciar la distancia que media entre la intención y el acto, estaríamos preguntándonos ahora qué se ha propuesto sostener el autor de NO ES LO MISMO. ¿Que no es lo mismo la literatura que la vida? ¿Que no es lo mismo la infidelidad de la mujer propia que de la simplemente agregada? Y así sucesivamente todas las hipótesis que ustedes quieran... menos la que en la autocrítica aparece, no como hipótesis, sino como intención concreta.

Donde hay claridad, en cuanto a la tesis a que se ha acogido Antón del Olmet, es en *Francillon*, de Alejandro Dumas, hijo, que se apoya precisamente en ese problema, pero sin dejar lugar a las vacilaciones, cuanto menos a las dudas.

Francine, que es una mujer honrada y está dispuesta a no dejar de serlo, advierte a su marido, Luciano de Riverolles, que como le sea infiel seguirá *ipso facto* la misma conducta. El marido concede poca importancia a la conminación. Francine cumple su palabra aparentemente. Pero como es incapaz de caer, según se ha dicho, tiene que fingir la caída. Y por el fondo de este conflicto, que se resuelve en la demostración de que Francine sólo pecó en apariencia para dar a Luciano una gran lección y atraerle al buen camino, se desliza

la tesis, que sirvió a Lemaître para trazar de mano maestra (véase el primer volumen de sus *Impressions de theâtre)* un estudio en que se dilucidaba eso que Antón del Olmet ha considerado más en la autocrítica que en la comedia: que no es lo mismo que sea el hombre el infiel a que lo sea ella, aun cuando en rigor Alejandro Dumas, hijo, que al decir del propio Lemaître persiguió siempre un ideal austero y eminentemente cristiano, se propusiese con su obra una gran lección de moralidad sosteniendo que aun cuando las consecuencias de la caída no sean iguales, la misma obligación de fidelidad pesa sobre el marido que sobre la mujer.

Pero lo que es claridad en *Francillon* es inconsistencia en NO ES LO MISMO. Francine, partiendo del hecho positivo de la infidelidad de Luciano, se lanza a representar la comedia de su caída aparente. Ricardo, el protagonista de la comedia de Antón del Olmet, cree como el público en la caída de Gloria. Es preciso que lleguen las últimas escenas de la obra para que el interesado y el espectador se convenzan de que Gloria no ha pecado, y es entonces cuando uno se da cuenta de que el autor ha procedido sobre una base falsa. Si Gloria no faltó a sus deberes de esposa, ¿a qué la separación y el propósito de obtener el divorcio y cómo ella no puso más cuidado en la demostración de su inocencia?

Falsa la obra y oscurecida la intención a que el autor ha querido que respondiese, ofrece una particularidad que prueba las rarezas que se dan en el teatro. NO ES LO MISMO podía constar de dos actos, en lugar de tres, sin que variase en lo más mínimo la esencia de la producción. Podría suprimirse íntegramente el acto segundo, que es un acto de relleno, un añadido amasado con elementos episódicos, que nada dicen con vistas a lo fundamental. Y, sin embargo, ese acto segundo afianzó el triunfo de la comedia, valió al autor los más ruidosos aplausos y la mayor cantidad de salidas a escena, y fué la demostración, que en las otras dos jornadas no habría podido encontrarse tan fácilmente, de que Antón del Olmet, como dijimos a raiz del estreno de *Nueva vida,* tiene felices aptitudes de hombre de teatro que se depurarán y reforzarán con un cultivo más extenso de la literatura dramática. El encuentro de Ricardo con Teresina, la aventurera con quien sostuvo amores ilícitos—Teresina es al Ricardo de NO ES LO MISMO lo que Rosalía Michón es al Luciano de Riverolles de *Francillon*—constituye la más notable escena de la obra. Fué premiada con largo aplauso, extensivo a Fraternidad Lombera, que se reveló anoche como una actriz de posi-

tivos méritos, de una agilidad y de un aplomo admirables. Ella fué, entre los intérpretes, quien se llevó la palma. Todos los demás se condujeron con plausible discreción.

Para Antón del Olmet, llamado a escena al final de los tres actos, fué una buena jornada la de ayer, en cuanto significa un paso avanzadísimo en su carrera de autor.

No es lo mismo podrá ser todavía obra desproporcionada y vacilante; pero es también anuncio de posibilidades magníficas.

F. Aznar Navarro.

***

El Debate.

No es lo mismo sostener por sentimentalismo literario al uso una de esas teorías que proclaman la igualdad absoluta de derechos y obligaciones para el hombre y la mujer y que dentro del matrimonio concede la misma trascendencia a la infidelidad de cualquiera de los cónyuges, que conducirse con arreglo a esas teorías cuando la infidelidad de la mujer llega y se impone con fuerza brutal su tremenda trascendencia y se deshace el hogar y la suerte de los hijos queda a merced de las incidencias de un pleito.

Esta es la síntesis de la comedia del Sr. Antón del Olmet, como se ve, trata de una aportación más al problema del adulterio, con la particularidad de que el adulterio no existe, sino sólo sus apariencias, y con la nota simpática de que el autor, con gallarda valentía, sostiene el criterio sano arreglado a la estricta moral, distante por igual del arrebato ciego y de la complacencia cobarde.

A pesar de que el asunto pudiera parecer escabroso, se desarrolla limpiamente; alguna que otra crudeza están más bien en el diálogo y en escenas accesorias que en el fondo de la obra.

La comedia está hábilmente planeada y construída con tal cuidado, que disimula algunas explicables inexperiencias, tales como el exagerado atildamiento del diálogo, el exceso de digresiones y la lentitud de la acción en algunos momentos; pero siempre está vivo el interés que encadena la atención del espectador y la lleva sin esfuerzo y sin cansancio.

Los caracteres están pintados hábilmente y bien sostenidos, especialmente los de Sandoval, el de Olañe-

ta, personaje cómico sentimental muy acertado, y el de Teresina, de una conmovedora realidad.

Destacaron las señoras Pacheco y Lombera; la señorita Iglesias, que supo dar a su papel una conmovedora dulzura, y los Sres. Aguado, enérgico y sobrio; Amyach y Cuenca.

El público aplaudió unánimemente y obligó al autor a salir a escena repetidas veces al final de todos los actos.

HANS

***

El Liberal.

El infatigable Luis Antón del Olmet, que constantemente está dando bellas pruebas de su personalísimo gusto literario en el periódico, el libro y el teatro, ha estrenado ayer una nueva comedia, que es nueva en la amplia acepción de la palabra.

Dibujados los caracteres de mano maestra, los personajes sienten «de verdad» y hablan y se conducen como lo harían en la realidad, sin perder por eso lo artístico de su contestura dramática, en un verismo elegante de un elevado concepto de la vida.

En toda la obra, cuando culmina la nota sentimental, igual que en los momentos en que con feliz oportunidad el diálogo siempre flúido se salpica de gracejo, aparece la personalidad de Antón del Olmet, recia, humana, que nos hace pensar, que nos impresiona, que nos conmueve sin artificio.

La vuelta al hogar del hombre que le abandonó por una supuesta falta de su esposa, a la que él pudo dar lugar por sus literarias teorías de dramaturgo innovador, retorno que efectúa de la mano de su hija, gracias a la caballerosa mediación del abogado íntimo amigo de la familia, es, además de una escena tan admirablemente preparada como todas las demás de la comedia, una página bellísima y consoladora.

Sobre todas las pasiones, sobre todos los errores está el corazón de la mujer que triunfa por buena. Así son la esposa que juzgó culpable el marido, la hija angelical, que con su inocencia y su amor es casi el principal elemento para convencer al padre.

Con ser la obra, como toda obra buena, comprensible y adecuada para el elemento popular, merece por su índole ser conocida del público selecto, de ese público de las altas comedias, de los acontecimientos literarios.

El autor tuvo que presentarse en el proscenio a recibir el unánime aplauso del público al final de todos los actos, y al terminar la obra el telón se alzó muchas veces en su honor.

La señora Pacheco, las señoritas Iglesias y Lombera y los Sres. Aguado, Méndez, F. Cuenca estuvieron afortunadísimos en el desempeño de sus respectivos papeles, así como el resto de los intépretes de la comedia.

La escena, muy bien cuidada.

*
* *

La Libertad.

No es lo mismo que sea el marido el que engañe, en materia amorosa, que lo sea la mujer. Un marido adúltero no rompe ni extingue la esencia del hogar. En cambio, la mujer...

Esta es—y el autor así lo dice—la tesis planteada anoche en el teatro Cómico, con singular fortuna, por Luis Antón del Olmet.

Antes, en una novela, demasiado humana, demasiado sombría, quizás, Felipe Trigo abordó el tema, que dió lugar a muchos comentarios. Trigo, en *Los abismos,* y para dar más realidad al ambiente, desenvolvió el argumento entre esa gente un poco original y otro poco estrafalaria que se llaman artistas.

El artista acomoda una ley para sus producciones, aun cuando luego la niegue en los momentos que vive sus concepciones.

Trigo aceptó en *Los abismos,* y ahora Antón del Olmet colma la medida del éxito en su producción teatral NO ES LO MISMO.

Anoche, en los tres actos—muy especialmente en el segundo—la gente celebró con grandes aclamaciones las excelencias literarias de la obra.

Sigue Antón del Olmet un poco preocupado con la técnica teatral. Todo obedece a la poca práctica. Pero como en él hay excelente madera de dramaturgo, no será difícil vaticinarle nuevos y merecidos triunfos.

De los intérpretes, bueno es citar la señorita Lombera —actriz para más grandes empresas—y el Sr. Aguado, que estuvo mesurado y supo dar relieve a su comprometido papel de esposo burlado.

A. DE LA V.

*
* *

El Imparcial.

El hondo problema social, tantas veces tratado por nuestros autores, fué anoche llevado de nuevo al teatro por el notable escritor D. Luis Antón del Olmet en su comedia dramática titulada No es lo mismo, que anoche se estrenó con aplauso en el Cómico.

El protagonista es un autor que ha terminado una obra en la que sostiene que es igual la falta cometida por el hombre o la mujer al olvidar sus deberes matrimoniales.

Un amigo suyo, abogado de espíritu rectilíneo, mantiene con solidez de argumentos la doctrina contraria, que es la aceptada por la sociedad y por el imperativo de la ley.

Un traidor a la amistad intenta hollar la virtud de la esposa del protagonista, el que abofetea al canalla y abandona su hogar, que considera envilecido. Después el abogado logra llevar al ánimo del esposo ofendido la certeza de que no delinquió su mujer, y consigue que vuelvan a estrecharse los lazos rotos pasajeramente por un infame atrevimiento no correspondido.

El asunto de la obra lo desarrolla el Sr. Antón del Olmet con habilidad técnica en escenas pletóricas de emoción, que el público escuchó con verdadera complacencia.

De los tres actos, el primero, de exposición, pesa algo; el segundo es el mejor construído, y el tercero, no se encuentra al mismo nivel.

En la acción intervienen varios personajes episódicos, entre los que se destaca, muy bien delineado, el de una mujer galante con la que el protagonista sostuvo devaneos amorosos cuando era una honrada mecanógrafa.

La nueva producción fué interpretada con bastante acierto por la señora Pacheco, la señorita Lombera y los Sres. Aguado, Cuenca y Carmona.

El Sr. Antón del Olmet fué llamado al palco escénico al final de todos los actos, y recibió los aplausos del público.

*
* *

El Sol.

La seguridad con que puede caminar por la escena Luis Antón del Olmet se confirmaba anoche plenamente con esta comedia titulada No es lo mismo, que surgía ante la mirada del público después del reciente éxito prometedor de *Vida nueva.* Porque el conflicto

visible no existe. El conflicto vivo y actuante entre los personajes encargados de dibujar el eje de la acción, es una sombra equívoca que quedará completamente disipada en el momento final. Lo que se ofrece es el conflicto entre la opinión cristalizada y el hecho erigido inesperadamente para lanzar su mentís; el conflicto entre el concepto frío y la realidad palpitante, en suma. En estas condiciones, la producción tenía que resentirse de flojedad dramática, con el peligro consiguiente de perderse en las frondas de un diálogo retórico y predicador. Y, sin embargo, el autor no solo esquivaba esos escollos, sino que retenía la atención con innegable fortuna, triunfo de comediógrafo que precisa registrar en primer término.

Hemos dicho que no hay pugna perceptible. En efecto, entre Ricardo y Gloria, los dos héroes de la obra, no se interpone más que el fantasma de un error. El marido se cree ultrajado y abandona el hogar, sin saber cuál será su destino después de la catástrofe. El recuerdo de los hijos acaba de acibarar su existencia, pero también la sostiene, borrando, no bien se presenta, el propósito del suicidio. Por fortuna para todos, el suceso que originó la separación se aclara. Gloria es una dama honesta, que no tuvo culpa del asedio de un seductor vulgar. El matrimonio se reconcilia, después de haberse puesto en contacto un instante con el dolor y de haberse asomado al abismo, y la comedia termina.

Hemos de añadir que la alusión persistente a los hijos, que llena casi todo el segundo acto, sirve de paso al comediógrafo para plantear la conclusión de que «no es lo mismo» la infidelidad del hombre que la de la mujer. La de ésta es verdaderamente grave, porque lo arrasa y lo destruye todo, porque pulveriza juntamente el corazón y la familia. Ricardo, que es un escritor de amplio y tolerante criterio, iba a sostener en una de sus obras literarias que el pecado es igual en los dos cónyuges. Y la realidad viene a contradecirle encarándose con él mismo. Y aquí véis también el intento general del autor de oponer conceptos previos a evidencias incontrarrestables.

La estructura de la comedia es todo lo demás. Y esa estructura, que logra un segundo acto, de ambiente artístico y bohemio muy bien recogido, avalora el trabajo. No es sorprendente que la comedia gustase, pues merecía gustar. Y nosotros, merced a ella, seguimos confiando en el futuro del autor.

Luis Antón del Olmet salió a escena al final de todos los actos. Fraternidad Lombera matizó admirable-

mente un difícil personaje episódico, y Elvira Pacheco fué la buena actriz que conocemos. Los señores Aguado, Méndez, F. Cuenca y Amyach, colaboraron también con discreción en el feliz resultado.

José Alsina

***

A B C.

Como en la situación de *Un drama nuevo*, aunque con otros precedentes, en la nueva comedia de Antón del Olmet el adulterio adquiere plástica realidad dentro de una ficción escénica.

Pero en el caso que presenta el brillante e inquieto escritor, el adulterio, así se deduce en el decurso de la representación, no llega a consumarse, y la reconciliación más sincera restablece en el hogar perdido la felicidad interrumpida.

La familiaridad que tiene Antón del Olmet con el procedimiento novelesco influye en la comedia, pues la acción se paraliza a veces, y a ella se sobreponen literarios conceptos y amenas divagaciones alrededor del tema de la obra.

Con acierto están interpoladas escenas y personajes de regocijado espíritu, y entre otros tipos, los de Teresina, de aturdida y simpática frivolidad, y aquel cínico ingenio, modelo de arbitristas, están manipulados con diestra trama, así como el olímpico Olañeta, viviente estampa de los cenáculos bohemios.

La comedia tuvo un feliz éxito, personándose en escena Antón del Olmet al finalizar los actos.

Los artistas del Cómico dieron muy cumplida interpretación a sus papeles, distinguiéndose Elvira Pacheco, la señorita Lombera y los señores Aguado, Cuenca, Amyach y Carmona, un actor cómico de gracioso estilo.

El tono de la comedia, su espiritualidad, la acercan al público de gustos selectos. Y esta es la mejor recomendación.

***

El Tiempo.

En el transcurso de muy pocos días, Antón del Olmet, ha estrenado dos comedias con excelente éxito.

El querido camarada, gran escritor y gran periodista, da comienzo así a sus aventuras escénicas: estrenando

dos comedias. Con lo cual queda evidentemente demostrado que no hay tales resistencias a vencer ni animosidad alguna contra los recién llegados.

Nada de eso. Como «la mitad de las cartas que se pierden se deben de perder» - y respetemos la absurda preposición del poeta,—más de la mitad de las comedias que no se representan no deben representarse. El resto de la otra mitad ni debieran haberse escrito.

Cuando las comedias que se escriben son como estas comedias de Luis Antón del Olmet, el autor que las escribe no ha menester de una lucha larga para que se representen. Ni para que las aplaudan.

Hemos quedado en que los autocríticos simplifican considerablemente la labor del revistero. Naturalmente que con la condición de que la autocrítica esté de acuerdo con la obra. Que a veces no lo está. Pero ahí sí.

Y esto es absolutamente la comedia estrenada anoche. La obra responde al propósito. Y esto ya es un triunfo.

Quizá adolezca, No es lo mismo, de algún resquebrajamiento en la consabida técnica usual en el teatro. Pero ante esto cabe siempre preguntarse si lo que nos parece defecto de técnica será una audacia y un anhelo de renovación, con lo que la obra de que se trate adquirirá un valor nuevo.

El éxito fué rotundo y caluroso. Requerido por los aplausos del público, Antón del Olmet hubo de presentarse en el palco escénico a la terminación de los tres actos. El final del segundo es de una gran emoción y enormemente teatral.

Los actores pusieron toda su buena voluntad al servicio de la comedia.

Elvira Pacheco dió a su papel una gran emoción. La señorita Lombera compuso muy bien su tipo y fué ovacionada en un mutis, no por la brillantez del mismo mutis, sino como justo premio a su labor de toda la escena. También fué objeto de grandes aplausos la señorita Iglesias, una monísima criatura de muy pocos años, ante la que se ofrece en la escena un brillantísimo porvenir.

No es lo mismo dará muchas entradas al teatro Cómico.

***

La Tribuna.

El ilustre periodista señor Antón del Olmet ha escenificado una novela hace tiempo publicada, que no ha perdido su interés y su novedad al llevarla al teatro.

Sirve para demostrar las grandes cualidades de dramaturgo que existen en el ameno cronista, que domina perfectamente el género de novelador y que ha conquistado un envidiable puesto en las lides teatrales.

La comedia NO ES LO MISMO tuvo un feliz éxito, porque el señor Antón del Olmet ha sabido alternar los efectos dramáticos y los cómicos en una habilidosa interpolación. Un caso de adulterio ha servido para construir la fábula escénica, que un diálogo suelto y flúido avalora la producción con su bello matiz literario.

Hay tipos admirablemente observados, como los de la mujer frívola y el cínico ingenioso, arrancados de la realidad, con un verismo sorprendente. Sus conceptos y divagaciones sentimentales destruyen un poco de unidad de la obra, que deriva a la novela; pero como son cosas muy bien dichas, al público le agradó enormemente.

La interpretación, muy ajustada, distinguiéndose la señora Elvira Pacheco, señorita Lombera y los señores Aguado y Cuenca, que hicieron una verdadera creación de sus papeles. Insistentemente fué llamado al palco escénico el señor Antón del Olmet, que recibió calurosos aplausos en honor de su lindísima comedia.

*
* *

La Acción.

NO ES LO MISMO.—Es esta obra una novela escénica, en la que el brioso escritor Luis Antón del Olmet hace que el adulterio, con toda su plástica realidad, haga pensar hondamente al espectador en este inagotable problema.

Plantea el autor la tesis de que no es lo mismo que sea el marido el adúltero que la mujer.

La santidad del hogar no queda extinguida por un marido adúltero. La mujer, en cambio, la destruye totalmente.

Este asunto ha sido tratado ya con fortuna en la novela y en el teatro. Con no menos acierto lo desarrolló anoche Antón del Olmet, si bien en algunos momentos desdeñe la acción para afirmar con bellezas literarias la tesis de la obra, restando así interés al movimiento escénico.

En la trama de la interesante comedia hay intercaladas escenas y personajes de gran comicidad, que sin restarle interés, al acento, entretuvieron agradablemente al púhlico.

Entre los intérpretes merece ser señalada por su labor la señorita Lombera y la señora Pacheco, y los señores Aguado y Cuenca.

***

Heraldo de Madrid.

Luis Antón del Olmet ha abordado en esta ocasión un problema de gran importancia moral y psicológica.

NO ES LO MISMO, título de la obra que anoche se aplaudió con cariño en el Cómico, es la comedia de un escritor frente a la realidad atormentadora. Pregona «Ricardo» ciertas licencias en la vida social, habla de la libertad en las costumbres, y cita un «caso», que es la síntesis de su nueva comedia...

Un pensamiento terrible cruza por su mente; pero reacciona en seguida, y vuelve a la tranquilidad. No se ha equivocado, sin embargo; la comedia que piensa llevar al teatro es, sin él saberlo, el reflejo de lo que sucede en su propia casa. Y cuando el literato se encuentra frente a frente con la tremenda verdad, olvida sus predicaciones literarias y reniega de la mentira descrita entre frases elegantes y situaciones de intensa emoción; mentira horrenda que ha sido una ironía cruel en la vida íntima de su hogar. No es lo mismo, efectivamente, trasladar a las cuartillas el motivo de un drama que sentirlo en el corazón; ni es lo mismo suponer una tragedia y escribirla con pluma firme, que llevarla en el espíritu como una expiación dolorosa.

***

El Parlamentario.

Antón del Olmet, autor dramático, no tiene que envidiar méritos, virtudes ni satisfacciones, al Antón del Olmet que España entera conoce y admira como escritor maravilloso y periodista inimitable.

En la novela, igual que en sus vibrantes artículos periodísticos, su pluma ejerce siempre una plausible función educativa. En el teatro no se propone distraer al espectador haciendo obras con vistas al trimestre, insustanciales, llenas de frivolidad, y como en el libro y en el periódico, el más lisonjero éxito corona sus propósitos.

Y esta es la razón del extraordinario éxito alcanzado anoche con su nueva comedia NO ES LO MISMO.

La tesis que el autor plantea no puede ser más humana ni estar más al alcance de todas las inteligencias. «No producen en el hogar doméstico idénticas consecuencias los devaneos del marido que los de la mujer.»

Y con las exquisiteces de lenguaje, que son patrimonio de Antón del Olmet, así nos lo demuestra Sandoval, abogado eminente, amigo del protagonista y hombre de tan honrada conciencia como sano criterio.

El público se dejó convencer por la arrebatadora elocuencia de este simpático personaje, premiando con frenéticas aclamaciones las bellezas, de fondo y de forma, que encierra la magnífica comedia; siendo de advertir, como detalle que avalora el éxito, que, en su inmensa mayoría, eran manos femeniles las que aclamaban al Sr. Antón del Olmet.

De los intérpretes no hay que hacer selección. La señora Pacheco, señoritas Iglesias y Lombera, y los señores Aguado, Méndez, Cuenca, Amyach, Pastor y Carmona, bordaron sus papeles, rivalizando en acierto y primores de ejecución, contribuyendo al clamoroso éxito de NO ES LO MISMO.

El Sr. Antón del Olmet fué llamado al palco escénico varias veces, así como los artistas intérpretes de su obra.

A. F.

Precio: TRES pesetas